

# *La evolución de las damas entre los siglos XVII y XVIII*

M<sup>a</sup> Victoria López-Cordón Cortezo

## 1. Introducción

El desarrollo de los estudios sobre sociabilidad e instituciones cortesanas y los numerosos trabajos que, en los últimos años, han ido desvelando el entramado de relaciones de poder que se gesta entre los muros palaciegos, han puesto de manifiesto lo que ya en algunas obras clásicas, realizadas desde una perspectiva muy distinta, aparecía adivinarse: que la corte siempre fue un espacio sexualmente diferenciado y que en ella la presencia femenina no era una anécdota, sino que ocupa un lugar propio, vinculado a la creciente importancia que va adquiriendo la figura de la reina dentro de la Monarquía<sup>1</sup>. Es decir, y para plantearlo de forma sucinta, el principio hereditario y el creciente papel de lo dinástico en la praxis política y en la representación simbólica de los soberanos,

<sup>1</sup> Son muchas las obras que, con carácter general o a través de una figura específica, han abordado la figura de la reina en los últimos años. Entre las primeras merecen citarse las de I. Poutrin y M.K. Schaub, *Femmes et pouvoir politique. Les Princesses d'Europe XVe-XVIIIe siècles*, Bréal 2007; M.V. López-Cordón y G. Franco (coords.), *La reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, Madrid 2005; Cl. Campbell Orr, *Qeenship in Europe, 1660-1815: the Role of the Consort*, Cambridge 2004; Cl. Campbell Orr, *Qeenship in Britain: 1660-1837: Royal Patronage, Court Culture and Dinastic Politics*, Manchester 2002; C.F. Cosandey, *La Reine de France. Symbole et pouvoir, XVe-XVIIe siècles*, París 2000; M.P. Lourenço, *Casa, corte e património das Rainhas de Portugal, 1640-1754: Poderes, Instituições e Relações Sociais*, Lisboa 1999.

incrementó la dignidad y las funciones de la consorte regia, en cuanto madre del futuro heredero del trono, pero también en cuanto representante de un linaje que no podía desmerecer del de su esposo y como dispensadora de honores y mercedes asociadas a su servicio. Todo ello favoreció su creciente presencia institucional y la necesidad de facilitar su adaptación y naturalización en el reino a través de un entorno exclusivo, pero impuesto, en el que la presencia de servidores provenientes de su corte de procedencia estuvo cada vez más restringida. La drástica reordenación de la Casa de la reina Ana de Austria realizada por Felipe II en 1575, y ratificada por Felipe III en 1603 para Margarita de Austria, recoge bien estos objetivos, así como la voluntad de que sirviese de modelo para el futuro. Se ajusta a los mismos patrones que la del rey, tal como fueron recogidos en la compilación de etiquetas ordenada por Felipe IV y, aunque se fueron adaptando a las necesidades de cada titular, tuvieron una larga vigencia <sup>2</sup>.

La Casa de la reina, en su sentido material, era la expresión de la compartimentación del espacio palatino en estancias diferenciadas para cada uno de los monarcas, de manera que se evitara en lo posible la interferencia de funciones y, también, se preservara la mayor privacidad que convenía a la soberana, cuya condición de mujer quedaba reflejada en esta mayor clausura. Pero también, como en el caso de la del rey, la Casa era el conjunto de personas que la acompañaban y atendían, que constituían lo que se llamaba su “familia”, en relación con la cual tenía ciertas obligaciones. Por razones del propio cometido y el frecuente desempeño simultáneo de funciones palatinas y puestos en la administración de la Monarquía, el servicio del rey corría a cargo exclusivamente de varones, mientras que el de la reina era compartido por hombres y mujeres,

<sup>2</sup> *Ordenanzas de 1575* (BNE, Ms. 10129) y *Ordenanzas y etiquetas de la Casa de la reina. Dadas en treinta y uno de diciembre de mil quinientos setenta y cinco* (AGP, Histórica, Caja 49). Sobre las Casas de la princesa doña Juana, las infantas, Isabel Clara Eugenia y las reinas Isabel de Valois y Ana de Austria, ver J. Martínez Millán, *La Monarquía de Felipe II. La Casa del Rey*, Madrid 2005, II, Apéndice II, pp. 668-699. Las Ordenanzas de 1603 han sido publicadas por F. Labrador Arroyo, en J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III. La Casa del Rey*, Madrid 2007, II, pp. 945-983. Sobre su significado e influencia, J. Martínez Millán, “La Corte de Felipe II: la Casa de la reina Ana”, en L. Ribot (coord.), *La Monarquía de Felipe II a debate*, Madrid 2000, y M<sup>a</sup> V. López-Cordón, “Entre damas anda el juego. Las camareras mayores de palacio en la Edad Moderna”, en C. Gómez-Centurión (coord.), *Monarquía y corte en la España Moderna*, monográfico de *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejos II (Madrid 2003).

si bien su cámara era atendida solo por personas de su mismo sexo. El número de estas siempre fue reducido en relación con el del conjunto de los servidores de la consorte real pero, precisamente por eso, al ser un círculo inmediato y cerrado, permitió desarrollar unas relaciones bastante fluidas que, en un contexto de fuertes nexos familiares y clientelares, las integró plenamente en el mundo cortesano<sup>3</sup>.

Tanto las damas, objetivo principal de este estudio, como en general todo el personal femenino de la Casa de la reina, a medida que se fue incrementando, a lo largo del siglo XVII, contribuyó a modificar algunos hábitos palatinos y fue ganando progresivamente espacios en los que poder estar tanto dentro como fuera del recinto regio. Aunque la doctrina establecía y la práctica confirmaba que la única fuente de poder era el monarca y que, por tanto, solo de él dependían las gracias que recibían los cortesanos, ya desde Felipe III nadie ignoraba que a través de su consorte podían apoyarse o minarse muchas reputaciones y que para llegar hasta ella no había más remedio que recurrir a la mediación de quienes la acompañaban<sup>4</sup>. Que este recurso era frecuente lo prueban las severas medidas que se tomaron para evitarlo, el empeño de los sucesivos validos por introducir a mujeres de su familia en la cámara de la reina y que, quienes se les oponían, empleasen la misma táctica. Frente al escepticismo que los historiadores han venido demostrando a la hora de considera a las reinas y a sus damas como algo más que elementos decorativos, los diplomáticos de la época

<sup>3</sup> En el caso español, la figura y la Casa de Isabel I de Castilla ha suscitado siempre un especial interés que se mantiene en la actualidad: C. Fenández de Córdoba, *La Casa de Isabel I. Ritos y ceremonias de una reina (1474-1504)*, Madrid 2002. También la emperatriz Isabel: F. Labrador Arroyo, "The Empress Isabelle de Portugal, Wife of Charles V: Household and Court Factions (1526-1539)", en *Portuguese Studies Review* 13 (Peterborough, Ontario, 2005), o la de Isabel de Valois: M.J. Rodríguez Salgado, "Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568)", en *Monarquía y corte en la España Moderna...*. Sobre la evolución y expansión de su ceremonial, M.J. del Río "De Madrid a Turín: el ceremonial de las reinas españolas en la corte ducal de Catalina Micaela de Saboya", en C. Gómez-Centurión (coord.), *Monarquía y corte en la España moderna...* Acaban de aparecer los correspondientes a la etapa siguiente, que prestan especial atención a la financiación de la Casa de la reina, debidos a J. Martínez Millán, D. Raeymaekers y F. Labrador, en la obra colectiva dirigida por J. Martínez Millán y M.A. Visceglia, *La monarquía de Felipe III...*, caps. VI y VII especialmente.

<sup>4</sup> Un trabajo pionero en este campo fue el de M.S. Sánchez, *The Empress, the Queen and the Nun. Women and Power at the Court of Philip III of Spain*, Baltimore-Londres 1998.

sabían bien lo importante que era para sus intereses entrar el contacto con alguna de ellas y ganarse su confianza. Sobre todo, aquellos que provenían del país de origen de la soberana, que tenían mayor acceso a su Casa, y muy especialmente sus esposas, que se convertían en verdaderas emisarias de sus propósitos <sup>5</sup>. En indudable que, en el caso de haber regente, esta comunicación solía intentarse con mayor empeño, pero en cualquier caso, los propios tratadistas del arte de negociar recomendaban valerse de este medio, convencidos de que había muchas mujeres capaces del “secreto y la prudencia viril” que necesitaba esta misión <sup>6</sup>. Incluso aunque no se lograra allanar el camino hacia la soberana, que debía extremar su prudencia a la hora de tratar a los emisarios de su corte de origen, el hecho mismo de frecuentar su entorno proporcionaba abundante información sobre los grupos y los pareceres que en la corte se fraguaban. Es decir, la fuente de la que emanan las decisiones y las mercedes seguía siendo única pero, para llegar a ella, cada vez resultaba más frecuente tomar una bifurcación que pasaba por las recogidas estancias donde la reina y sus damas jugaban y, también, se interesaban por los asuntos, privados y públicos, que tenían lugar en la vasta Monarquía española.

## 2. *La familia de mujeres como institución cortesana*

De manera habitual se suele emplear el término de damas para referirse a esta presencia mujeril en el entorno real, lo cual, además de equívoco, resulta inexacto, porque no todas lo eran de manera estricta, ni por su categoría social, al haber un importante número de servidoras que, por sus funciones, no pertenecían a la nobleza, y por lo tanto sus requisitos de entrada tenían más que ver con la habilidad que con el linaje. Sin embargo, esta denominación convenía solo a un grupo específico de mujeres pertenecientes a familias vinculadas con el servicio de la Monarquía que, además de servir a la reina y entretener sus ocios,

<sup>5</sup> Un caso bien probado fue el de la marquesa de Miravel a quien el Consejo de Estado confió en 1629 los asuntos de la embajada en ausencia de su marido y mantenía una relación privilegiada con Ana de Austria: A. Hugon, *Au service du Roi Catholique: “Honorables ambassadeurs” et “divins espions”*, Madrid 2004, pp. 161-164.

<sup>6</sup> C. Benavente y Benavides, *Advertencias para reyes, príncipes y embajadores*, Madrid 1643, p. 224.

se formaban y vivían en su entorno. Dama, señala Sebastián de Covarrubias, antes de explayarse en sus distintas etimologías, “vale tanto como señora moza y hermosa, discreta, callada, noble”<sup>7</sup>, sin que haga ninguna mención a las que hacen de este nombre un oficio. Y es que, de manera más precisa, dentro de una amplia gama de categorías y funciones perfectamente escalonados, similares a los de la cámara del Monarca, figuraban en el entorno de la real consorte, además de ellas, otras muchas mujeres, desde las severas dueñas de honor, las guardas menores, azafatas, dueñas de retrete y criadas de la cámara y retrete, hasta las lavanderas, labranderas y mozas de todo tipo, de orígenes mucho más humildes, pero no menos deseosas que el resto de alcanzar mercedes por su servicio. También quedaban incluidas en ella las ayas de las infantas e incluso, la del príncipe de Asturias, a quien no se le ponía Casa propia hasta que pudiera valerse por sí mismo. En las primeras relaciones de personal al servicio de reinas e infantas no figuran las camaristas, pero sí las azafatas<sup>8</sup>, al menos en las dos relaciones que se conocen de doña María de Austria, la de 1560 y la de 1603, de su etapa en las Descalzas, y en la de Margarita de Austria<sup>9</sup>. Ninguno de los dos nombres aparece en el Diccionario de Covarrubias, aunque sí, y en el sentido aquí empleado, en el de Autoridades de 1726<sup>10</sup>. Lo cual significa que su uso, y las funciones que tenían encomendadas, se fueron introduciendo, o normalizando, a lo largo del siglo XVII. El término de dueña de honor, sin embargo, está perfectamente definido ya en 1611, en el sentido de “persona principal que ha enviudado y que las reinas y princesas tienen cerca de sus personas en sus palacios”<sup>11</sup>.

Es cierto que la acepción de dama que recoge el *Thesoro* ... no se refiere a las que en calidad de tal figuran en las relaciones del personal de la Casa Real, pero los términos que expresa, les conviene perfectamente. La nobleza, desde

<sup>7</sup> S. de Covarrubias, *Thesoro de la Lengua castellana o española*, Madrid 1611, fol. 201.

<sup>8</sup> En el *Diccionario de Autoridades* se define como “criada de la Reina, a quien servía los vestidos y alhajas que se había de poner y los recogía cuando se los quitaba”.

<sup>9</sup> J. Martínez Millán, *La Monarquía de Felipe II. La Casa del Rey*, II: “Casa de doña María de Austria”, p. 700, y J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, II: “Casa de la reina Margarita”, p. 932.

<sup>10</sup> *Diccionario de la lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad...*, I, Madrid 1726, y II, Madrid 1729.

<sup>11</sup> S. de Covarrubias, *Thesoro de la Lengua...*, fol. 223.

luego, era una condición indispensable, pero me interesa subrayar especialmente el adjetivo “moza”, que nos remite a una mujer joven y soltera, como era preceptivo que fueran las que entraban en el real servicio, por más que esta sea una condición que cambiara más tarde. Su número, en los distintos reinados, era relativamente amplio precisamente por eso, ya que frente a la relativa estabilidad de las de mayor edad y condición, los cambios en su planta eran constantes, debido a que de ahí solían para casarse.

Todas estas mujeres estaban bajo la autoridad de la camarera mayor, que era un puesto de gran relevancia, reservado para las esposas o viudas de los grandes títulos, y a cuyo nombramiento no resultaba ajenas las incidencias de la vida política. En función de esta especial dignidad, gozaban de un salario proporcional, propinas y, en la mayoría de los casos, aposento en el propio palacio. El conjunto, aunque no era socialmente homogéneo, resultaba bastante unitario, ya que todas compartían unos mismos espacios y unas obligaciones que, aunque eran diferentes, resultaban complementarias. La duración en el puesto y la asiduidad en el trato solían favorecer que la relación e, incluso, la intimidad, entre el personal femenino fuese bastante intensa, desarrollando entre ellas ciertos códigos de comportamiento de su exclusivo uso que, sin conculcar la etiqueta, permitían relajar su tiranía. No era infrecuente que miembros de una misma familia ocuparan distintos puestos, o tuvieran preferencia para desempeñarlos, con lo que se acentuaba el carácter relativamente cerrado del círculo femenino. Además, aunque las damas y las criadas de la cámara abandonaban su puesto al contraer matrimonio, su vinculación con la corte solía mantenerse a través de sus maridos, no siendo pocos los casos en que, pasado un tiempo, y una vez viudas, volvieran a servir en la cámara, desempeñando un puesto adecuado a sus nuevas circunstancias. Cuando la soberana fallecía, su Casa se deshacía solo parcialmente ya que la mayor parte del personal que la constituía solía pasar a formar parte de la herencia que recibía su sucesora, quedando, en cualquier caso, aseguradas sus pensiones.

Hasta Felipe V, para ser dama se necesitaba cumplir con dos requisitos, uno personal, ser jóvenes, a veces niñas, y solteras, y otro familiar, ya que solo la alta nobleza y, en ocasiones, quienes se habían encumbrado a través de destacados servicios a la Monarquía, podían aspirar a que sus hijas alcanzaran este honor. El nombramiento suponía un cambio importante en la vida de la beneficiada que se trasladaba a vivir al propio palacio, y que solo mediante autorización volvía a su casa, o recibía la visita de sus parientes más cercanos:

Quando las damas quisieren ir a ver a sus madres, dicen las *Ordenanzas* de 1603, lo digan a la camarera mayor para que las pida licencia a la reina y lo haga saber a la guarda mayor y que se vayan con una guarda mujer y otro hombre y que vuelvan de día.

Prescripción que se hacía mucho más severa si la pretensión era recibir la visita de su padre y hermanos en la propia antecámara, ya que entonces debía estar:

una guardamenor con ellos y que asista allí un guardahombre, y esto sea por la tarde, después de venido el mayordomo semanero, y no estando el mayordomo no puede entrar ninguno y el que entrare ha de venir con licencia del mayordomo mayor <sup>12</sup>.

Cierto que este extrañamiento se veía mitigado por el hecho, ya señalado, de que buena parte de sus allegados estuvieran también empleados en el servicio de la real familia, pero cuando el ingreso era a una edad muy temprana, en calidad de menina, esta ruptura, como en el caso de los pajes, además de dolorosa, suponía el abandono de la infancia. Se trataba, por tanto de un honor, no exento de sacrificio, porque vivir en el Alcázar todavía reducía más la limitada capacidad de movimiento de que gozaban, y el aprendizaje de las estrictas normas de la etiqueta cortesana no era sencillo. Si la reina era joven, se educaban con ella, participaban de sus alegrías y sinsabores, la entretenían con sus juegos, el relato de rumores y galanteos o las pequeñas incidencias de la vida diaria. Si no lo era tanto, procuraban adaptarse a sus costumbres y distraerla de la manera más adecuada a su carácter. En cualquier caso, sabían que era importante distinguirse y alcanzar un cierto favor de su Señora ya que su puesto era temporal y, a la hora de abandonarlo para contraer un matrimonio ventajoso o ingresar en un convento, la benevolencia regia resultaba de gran ayuda. Las damas eran buenos partidos, no solo por su linaje, sino porque aportaban un valioso capital inmaterial del que formaba parte su propia experiencia cortesana, las buenas conexiones gestadas durante su servicio y los vínculos con otros miembros de la real servidumbre. Pero además de este importante haber, sus posibles pretendientes también solían tener muy en cuenta la dote, mucho más tangible e inmediata, que recibían de la Real Casa como recompensa por su dedicación. Consistía esta en una aportación dineraria, dirigida casi siempre a sufragar los

<sup>12</sup> “Ordenanzas de 1603” en J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, II, p. 959.

gastos del enlace, y en muchas ocasiones en honores y cargos para los futuros maridos, lo cual en unos casos suponía un notable respaldo a su carrera y, en otros, un impulso decisivo a la hora de iniciarla.

La vida cotidiana de las damas estaba minuciosamente reglada. Quedaban sometidas al estricto control de las dueñas, guardas y porteros que vigilaban el buen cumplimiento de sus funciones y, sobre todo, velaban para mantenerlas al margen del bullicio que latía más allá de sus aposentos <sup>13</sup>. Una de las mayores preocupaciones fue siempre preservarlas de las acechanzas de los caballeros que rondaban por los corredores de palacio, dispuestos a cualquier cosa para obtener el favor de su elegida. El galanteo no solía tener por fin el matrimonio, de ahí sus críticas <sup>14</sup>, pero tampoco suponía un peligro para la honestidad, ya que transcurría casi siempre dentro de los límites del amor cortés. Era un juego, que llamaba la atención de los extranjeros y que, según señalan muchos testimonios, practicaban tanto solteros como casados <sup>15</sup>. Un procedimiento reglado que implicaba asiduidad, y una verdadera dedicación, y que comportaba también elevados gastos, por más que se tomaran medidas para paliarlos. Estaba casi exclusivamente circunscrito a la vida palatina y a los grupos nobiliarios que la frecuentaban, es decir, que solo se daba entre personas de similar rango social, de ahí el constante equívoco entre la seducción y la contención. Las damas así solicitadas recibían cartas por los conductos más variados, pero también regalos, cuyas características y cuantía estaban perfectamente reguladas. Era un derroche y, por ello, se solía clamar contra los galanes, cuya desaparición figuraba muchas veces entre las medidas de regeneración del reino, aunque al tiempo se les estimulaba porque servían de ornato a la corte y aliviaban con sus arrebatos y desvíos el lento transcurrir de las estaciones. Por ello se tomaron al respecto medidas contradictorias que, si por un lado, censuraban la publicidad y ostentación de sus maneras, por otro propiciaban su mantenimiento al sujetarlas a normas y reglas que emanaban del propio monarca:

<sup>13</sup> *Dignidad de las damas de la Reyna. Noticia de su origen y honores. Consagrada a sus mismas aras por un devoto, dedicado a doña María Niño, condesa de Villa Umbrosa, marquesa de Quintana... mujer del Exmo. Sr. D. Pedro Núñez de Guzmán, Presidente del Consejo y de la Junta de Gobierno, s.l., 1670.*

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>15</sup> Uno de los más difundidos fueron los de Madame d'Aulnoy, insertos tanto en las *Memoires de la cour d'Espagne*, como en su *Relation du voyage d'Espagne* (1690/1691).



No pueden entrar en Palacio, ni entrar en el aposento de la Reina, ni acompañar las damas los que no fueren a caballo, ni tuvieren cuatro caballos en su caballería –dice una disposición de 1638, que concluye– porque es deslustre e indignidad y mucho más con que se anda en la corte <sup>16</sup>.

Desde luego tenían prohibida la entrada a los aposentos femeniles, pero hubo osados que lograron inmiscuirse en ellos para poder contemplar de cerca o, incluso, hablar a su amada. Menos arriesgado y más fácil resultaba, como hizo el príncipe de Gales con la infanta doña María, aprovechar los paseos que las damas hacían acompañando a su Señora para hacerse los encontradizos <sup>17</sup>, o intercambiar miradas, y alguna palabra, en la mayor concurrencia de las celebraciones y fiestas en que unas y otros participaban. Según coinciden en señalar ciertas referencias literarias, corroboradas por el testimonio de algunos viajeros, la falta de ocasiones propicias y la constante vigilancia era de sobra compensada con el recurso al mudo y expresivo lenguaje de los signos, en el cual galanes y damas eran verdaderos expertos. Los moralistas, cuando hablaban de relajación de costumbres, casi siempre traían a colación estas prácticas, consideradas demasiado permisivas, y denunciaban sus excesos, sobre todo cuando estos podían llevar a escalar tapias, romper puertas y ventanas y no respetar la tranquilidad de la noche <sup>18</sup>. Pero no era fácil “privar de oficio” a los que así se comportaban, dada la alcurnia de los enamorados y que, pese a todo, el estrecho cerco que rodeaba a las pretendidas, siempre bajo la atenta mirada de las dueñas, los guarda-damas y los porteros, solían impedir que hubiera algo más que ruido. Los galanteos, aunque provocaran lágrimas y suspiros, dieran mucho que hablar e, incluso, pudieron ser causa de algún duelo, eran una ficción y, por ello, como ocurría con el teatro, en los lutos oficiales y en tiempos de calamidades, se reducían o, incluso, se prohibían casi a modo de expiación, pero cuando la pena se aliviaba o el peso de la realidad se tomaba un respiro, afloraban de nuevo, con igual o mayor fuerza.

La literatura nos ha legado algunas piezas festivas en que se ponderan los encantos de las damas y, tampoco, faltaron entre ellas quienes se atrevían a escribir

<sup>16</sup> AGP, Administrativa, leg. 698. Sobre el galanteo P. Tenorio, *Las madrileñas de 1600. Imagen y Realidad*, Madrid 1993, pp. 37-39.

<sup>17</sup> Una versión detallada de este episodio en C. Poyuelo Salinas, *Carlos de Inglaterra en España: un príncipe de Gales busca novia en Madrid*, Madrid 1962, pp. 162-168, y G. Redworth, *El Príncipe y la Infanta*, Madrid 2004, pp. 153-155.

<sup>18</sup> AGP, Administrativa, leg. 698.

unas rimas con motivo de un feliz acontecimiento o de la onomástica de la reina. Por razones fácilmente comprensibles, las regias consortes, que eran muy jóvenes y que, cuando llegaban al Alcázar, se sentían abrumadas por la rigidez de la etiqueta española, solían conectar mejor con ellas que con la camarera mayor que, debido a su mayor experiencia y a su autoridad en materia de costumbres y protocolo, solía actuar con excesiva rigidez. Unas princesas jóvenes que nunca podía estar solas, es natural que prefirieran en su entorno personas que fueran de su edad, con las que compartir aficiones y entretenimientos y, por ello, no gustaban demasiado de que entraran a su servicio damas demasiado niñas, ni tampoco que abundasen quienes hubieran superado la barrera cronológica que convertía la doncellez en una carga. La “afición” suponía una cierta cercanía vital y, por eso, cuando se encariñaban con alguna, procuraban retenerla a su lado, o intentaban que su nuevo destino no las alejara demasiado de la corte para poder seguir manteniendo cierto contacto. Por su parte las damas estaban bajo la tutela y la autoridad de la reina, como si al trasladarse a palacio, la familia de mujeres en la que se integraban, sustituyera a la natural: era la soberana, casi siempre a través de la camarera mayor, quien pasaba a disponer de su presente y de su futuro, regulaba su tiempo, premiaba su buena disposición, o la reprendía. Sin su autorización no había boda, por mucho que esta hubiera sido concertada por sus parientes más inmediatos, ni tampoco profesión religiosa, y si esto ocurría en cuestiones tan importantes, en los asuntos más cotidianos como el reparto de habitaciones en el Alcázar, los traslados a los sitios reales, los festejos a los que podían asistir o las visitas que recibían, la dependencia era aún mayor.

Mucho más fácil que comprobar su posible interferencia en las espinosas cuestiones de praxis política, es comprobar la influencia que ejercieron a la hora de imponer modas, alterar costumbres o introducir ciertos cambios alimenticios. Por lo que respecta a esta última cuestión, sus gustos fueron siempre una dificultad añadida a la hora de intentar hacer economías, o de acabar con las retribuciones en especie, por mas que los administradores se mostraran más que propicios a recortar estas prebendas. La merienda y los dulces, por ejemplo, fue un hábito alimenticio en principio específico de la familia de mujeres, y de las damas en particular, que gustaban más de estas colaciones que de las largas y copiosas comidas a que tenían derecho, pero como no tardó en difundirse, una afición aparentemente intrascendente, disparó los costes de la despesa de palacio, ya de por sí muy abultados. De alguna manera, también, esta moda explica el éxito de los recetarios confiteros durante este período y algo

mucho más prosaico que el progresivo refinamiento culinario: que más del 40 por ciento del total del gasto de la Casa se empleara en alimentos<sup>19</sup>. Y es que, tanto el personal femenino como otros muchos cargos de la Casa y, sus respectivos criados, “comían de Estado”, lo cual, si en época de Margarita de Austria llegó a suponer entre 4.100 y 5.000 maravedises mensuales<sup>20</sup>, en 1685, fecha en que el pago de raciones fue sustituido por una cantidad en metálico, esta cifra se había cuadruplicado<sup>21</sup>. Hasta entonces, las damas, además de participar en la mesa de la reina, recibían cada una dos raciones ordinarias para sus criadas, que se componían de un pan común, de dos libras de carnero y un cuarterón de tocino los días de carne, y de libra y media de pescado seco, cuatro huevos y un cuarterón de aceite en el de pescado; dos tortillas, dos libras de fruta, seis libras de nieve diaria en los seis meses de verano y cuatro libras de carbón, de primero de noviembre a 25 de marzo; además de una libra de dulces, media de pasas y media de almendras, el día de vigilia<sup>22</sup>.

El dato, más que una curiosidad, es una demostración de que servir en palacio resultaba también muy ventajoso para las mujeres, ya fueran de alcurnia o simple personal de servicio, lo cual, sin duda, era un incentivo para intentar ser admitida en él. Es indudable cuando comparamos salarios e, incluso mercedes, que la relación entre el personal masculino y femenino de las Casa reales siempre guardó la proporción adecuada a la distinta consideración de que gozaban los dos sexos, pero ello no impidió que meninas, damas, dueñas o camareras siguieran, en cierta manera, un verdadero *cursus honorum*, en el transcurso del cual adquirirían ciertas habilidades que, más tarde, les eran reconocidas.

<sup>19</sup> M.C. Simón Palmer, *La alimentación y sus circunstancias en el Real Alcázar de Madrid*, Madrid 1982, pp. 65-68; M.A. Pérez Samper, *La alimentación en la España del Siglo de Oro*, Huesca 1998; y J. Jurado Sánchez, *El gasto de la Casa Real, su financiación y sus repercusiones hacendísticas y económicas*, Madrid s.a., pp. 130-135.

<sup>20</sup> A partir de los datos de AGP, Administrativa, Caja 10.279, estos son los datos que nos ofrecen los trabajos de R.G. Trewinnard, *The Household of the Spanish Monarch: Structure, Cost and Personal 1606-1665*, Cardiff 1991, pp. 174-175, y F. Labrador Arroyo, “El sostenimiento económico de la Casa de la reina”, en J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, I, p. 1286.

<sup>21</sup> AGP, Administrativa, leg. 700: “Relación del estado de los ordinarios de la Casa de la Reina...”. Cálculo aproximado realizado sobre los 924 reales diarios que recogen algunas fuentes.

<sup>22</sup> AGP, Histórica, Caja 54.

### 3. Damas, dueñas y camaristas: evolución y análisis comparativo

Pero volvamos a un tema que he dejado apuntado, el de la evolución del grupo de las damas en relación con el resto de la cámara y su influencia, así como sobre los cambios de denominación que, en ocasiones, se producen. La precisión terminológica de los reglamentos y de las relaciones de individuos y cargos que se conservan permite identificar las funciones que, cada uno de ellos, tenían encomendadas, bastante similares a las los gentilhombres de cámara que servían en la Casa del rey. Y así como ellos estaban supeditados a la autoridad del sumiller de corps, ellas tenían una similar dependencia respecto de la camarera, aunque la autoridad de esta se extendía también a la Casa, en un delicado equilibrio de preeminencia con el mayordomo mayor. Como la cámara era el espacio que comprendía las habitaciones privadas, donde estaba la cama, el retrete, el bacín y el guardarropa, y donde transcurría la vida más íntima de la soberana, sus actos más personales, como el levantarse, vestirse, lavarse e, incluso comer, transcurrían en presencia de sus congéneres, tal y como fue establecido las primeras etiquetas de 1574<sup>23</sup>, reiteradas por las de 1603<sup>24</sup>. En ellas se presta especial atención a las obligaciones que conlleva esta gracia, recomendando asistencia puntual, decencia y decoro. La función fundamental de las damas era acompañar a la soberana y, por ello, se les encarece mucho tengan “cuenta y cuidado con la asistencia a su servicio a la hora que se les ordena, donde estarán con el respeto y acatamiento que deben”<sup>25</sup>.

Los distintos quehaceres, como el de servir la mesa, estaban organizados por turnos, por lo que era fundamental que no faltasen y lo hicieran “con todo respeto”. Podían asistir a las comidas y cenas públicas, lo que facilitaba su integración en la vida cortesana y el “trato con galanes”, lo que constituía un grave problema para la camarera y las dueñas, por más que se les recomendase lo

<sup>23</sup> La primera versión corresponde a este año: *La orden que es mi voluntad se cumpla de las cosas que quedan declaradas de servicio de la Srma. Reyna Doña Ana...* BNE, Ms. 20066/60. Más elaborada es la versión del año siguiente, guardada en AGA, Histórica, 49/exp. o las de la BNE, Ms. 18720/37 (1579) y 10129, fols. 75-91, publicadas por F. Labrador Arroyo, en J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, II, pp. 945-983.

<sup>24</sup> AGP, Histórica, 49/4.

<sup>25</sup> BNE, Ms. 10129, fol. 69.

hicieran con “la decencia y el decoro” conveniente. Todas las damas comían juntas “del remanente del plato de la reina”, cobraban los gajes correspondientes a su empleo, además de ciertas cantidades para lavar la ropa, cera y sebo y para la ración de una criada y un criado. También, cuando tenían que acompañar a la reina en un desplazamiento, se les pagaba un criado y se les debía mantener todos sus privilegios. Estos consistían, además del salario y la comida, en gajes, raciones para dos criados y compensaciones económicas para lavandería y cera. Lo que no dice en ninguna parte es cuales son sus requisitos, ni cuantas el número de las propuestas, ya que si bien algunos cargos eran unipersonales, como la camarera mayor y las guarda mayor y menor, el resto, en las relaciones conocidas, son desempeñados por un número muy variable de personas. Dentro de ellos, en el siglo XVII, el porcentaje de las damas suele ser alto, duplicando o triplicando, en ocasiones, al resto.

Aún así, y a pesar del considerable aumento del personal femenino cortesano desde la formalización de la Casa de la reina, su número nunca llegó a superar la cuarta parte del total de su personal, y su incremento pasó por muchas oscilaciones hasta finales de la centuria. Con la reina Margarita de Austria, entre 1599 y 1611, contó con tres camareras mayores, diez y ocho dueñas, tres guardamayores, y ochenta y cuatro damas. A ellas hay que añadir una treintena más en cargos menores y las doce amas de leche que se sucedieron al cuidado de los infantes<sup>26</sup>. Dado que no todas coincidían en el tiempo, puede decirse que, alrededor de unas 100 mujeres, constituían su entorno más íntimo. La Casa de la princesa Isabel de Borbón entre 1615 y 1618, en que se expulsó a la servidumbre francesa, fue menos numerosa en lo que a familia de mujeres se refiere ya que la componían treinta y dos personas: su aya, una dueña de honor, una guarda mayor, once damas, guarda menor, azafatas, dueña de retreta, nueve criadas, dos enfermeras y cinco lavanderas<sup>27</sup>. Después del reajuste, el número de personas que la servían creció hasta alcanzar la cifra de 396 en 1620, de ellos casi una tercera parte de ellos, ciento doce, eran de la cámara, y de estos últimos ciento siete del sexo femenino. Se trata de una planta interesante, por ser la inmediatamente anterior a la ascensión al trono de Felipe IV, que estaba compuesta, además de por quienes desempeñaban oficios menores, por

<sup>26</sup> J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, II, pp. 930-933.

<sup>27</sup> *Ibidem*, I pp. 1009-1124.

una camarera, un aya, ocho dueñas de honor y guardamayor, treinta y dos damas, siete guardameneros, diez dueñas de retrete y azafatas, veintiocho criadas de la cámara, diez de diez del retrete, cuatro enfermeras, dos labranderas y y cuatro lavanderas de distinto tipo<sup>28</sup>. Es evidente que el grupo más numeroso lo constituyen las damas y las criadas de la cámara, que todavía no figuran como camaristas. Cobraban respectivamente 51 000 y 39.000 mrvs al año, y el montante del costo total de la Casa ascendía a 26. 416. 437 mrvs. El mismo documento establece la relación entre estas cifras y lo que ocurría en 1665, con doña Mariana de Austria como consorte. El número total de los servidores de su Casa había aumentado hasta el medio millar de individuos, por el incremento de la caballeriza, y el de la cámara hasta 135, manteniéndose la misma proporción, pero de ellos solo setenta y dos eran mujeres. Aparentemente se había conseguido un cierto ahorro ya que el monto del gasto había disminuido hasta los 18.5.79.864 mrvs, porque los gastos de la caballería figuraban en otras partidas<sup>29</sup>. Comparando ambas relaciones, al inicio y término del reinado de Felipe IV, es posible constatar que, más que las cifras de conjunto, lo verdaderamente significativo fue el incremento no benefició a la familia de mujeres y que, dentro de ella, había dos grupos que habían disminuido sensiblemente, el de las damas, pues eran solo veinticuatro, y el de las criadas de cámara, que eran doce.

En la planta de 1670, siendo doña Mariana regente, la familia de mujeres había crecido hasta superar las 90 personas y estaba compuesta por la camarrera, el aya, seis guardamayores, diez y ocho damas, seis guardameneros, tres azafatas, siete dueñas de retrete, diez de la cámara que cobran gajes, catorce que no lo hacen, veinte tres de retrete, más las enfermeras, labradoras y lavanderas. Pero lo interesante es que el número de damas ha seguido disminuyendo y que es la primera relación en que aparecen “supernumerarias”, lo que no significa que existieran con anterioridad, sino un cambio en los criterios a la hora de considerarlas.

Ni en la planta de 1686, realizada con ocasión de la Casa, ni en la 1696, en que la relación da cuenta de más de seiscientas personas, también debido al aumento de la caballeriza, se introdujeron variaciones sustanciales en las

<sup>28</sup> AGP, Administrativa, leg. 928: “Planta de las criadas y criados que había en la Casa de la Reina Ntra. Señora. Año de 1620”.

<sup>29</sup> AGP, Administrativa, leg. 928: “Planta de las criadas y criados... Año 1665”.

denominaciones ni en la proporción entre los distintos departamentos<sup>30</sup>. Si en la estructura y en el perfil de las personas que los servían, como veremos más adelante. Durante estos últimos años de la centuria, las que después serán llamadas camaristas, figuran solo como mozas o criadas de la cámara, a gran distancia, en cuando a dignidad, de las damas, e impedidas, por tanto, como el resto del personal de servicio, de pasar por la misma puerta que la reina. Pero hay que tener en cuenta que se trataba de un puesto para el que se requerían condiciones personales similares a las de las damas, es decir, ya que debían ser jóvenes y solteras y que lo abandonaban para contraer matrimonio. Procedían de un medio nobiliario de inferior categoría y, por lo tanto, sus expectativas, a la hora de un enlace eran más limitadas, pero aún así, su inserción en la vida cortesana, les brindaba muchas posibilidades, entre ellas, la de ganarse el favor de la reina y, sobre todo, era una puerta abierta a la promoción de muchas familias emergentes que provenían del servicio real<sup>31</sup>.

Como decían las voces más críticas, el personal femenino cortesano había crecido desde la formalización de la Casa de la reina y amenazaba con alterar el buen orden de palacio, ultrajando sus “rigurosas reglas” y convirtiendo el Alcázar en una “aduana pública”<sup>32</sup>. Lo curioso es que este incremento solo se hizo ostensible durante la regencia de doña Mariana, no porque entonces la familia de mujeres creciera más<sup>33</sup>, sino porque cobró mayor protagonismo. Es decir, esta percepción diferenciada se debió a que su presenciase hizo más ostentosa, al acompañar la reina en los actos oficiales y festivos a los que solía acudir y transitar con mayor libertad por palacio, debido a la constante comunicación entre las habitaciones de la regente y las de su hijo<sup>34</sup>. Por el contrario, cuando sí hubo más mujeres fue durante la mayoría de edad de Carlos II,

<sup>30</sup> Según los datos de J. Jurado Sánchez, *El gasto de la Casa Real...*, p. 39, las cifras en las distintas dependencias eran: 270 empleados de la Casa, 201 de la caballeriza y se mantenían los 135 de la cámara.

<sup>31</sup> Duque de Maura, *Vida y Reinado de Carlos II*, Madrid 1942, II, p. 68.

<sup>32</sup> BNE, Ms. 18196, fol. 15.

<sup>33</sup> A pesar de la riqueza de las fuentes de AGP, los cálculos no son seguros por la inclusión o no de algunas categorías, o los reajustes temporales de otras, pero las cifras hablan más bien de contención que de aumento indiscriminado.

<sup>34</sup> M<sup>a</sup> V. López-Cordón, “Mujer, poder y apariencia o las vicisitudes de una regencia”, en *Studia Historica. Historia Moderna* 19 (Salamanca 1998).

ya que al conservar la reina madre su Casa <sup>35</sup>, y crearse otra para las sucesivas consortes del rey, las familias se duplicaron. Además, la propia dinámica de la corte y la cuestión sucesoria, convirtieron los aposentos de una y otras en aglutinantes de facciones e intrigas. Al decir de los contemporáneos, la cámara había perdido su recogimiento, con el ir y venir de los embajadores, la presencia constante de emisarios y el cruce de noticias y cartas, hasta el punto que las propias damas se veían avocadas a tomar partido en cuestiones que no eran de su incumbencia <sup>36</sup>. Como decía un texto de la época:

¿Qué? Ser tiempo desgraciado  
Este en que España se ve,  
Y así, quien premio quisiere, ha de vivir al revés.  
Eso es <sup>37</sup>.

#### 4. *Reclutamiento, carrera, funciones y salidas*

Procedencia social, origen geográfico y conexiones administrativas son los tres puntos no siempre fáciles de determinar a través de las relaciones nominales que se han conservado. Que, en el siglo XVII, camareras, dueñas mayores y damas pertenecían a la gran nobleza del reino está de sobra comprobado, pero de la misma manera que, a mediados del siglo XVI, algunas de estas familias todavía estaban ubicándose en la corte, un siglo más tarde también había otras que trataban de hacer lo mismo. Apellidos como Girón, Toledo, Guzmán, Manrique, Sandoval, Mendoza, Cueva o de la Cerda se repiten constantemente, así como los caso de vínculos directos entre madres e hijas, hermanas, tías y sobrinas, con una significativa presencia de sucesivas generaciones familiares en el ejercicio del mismo puesto. Obviamente, en las damas, al ser solteras, los títulos nobiliarios

<sup>35</sup> La Casa acompañó a la reina madre durante su estancia en Toledo y volvió con ella a la corte: “Etiqueta de la servidumbre en Toledo de la Reina Madre... I” (1677), AGP, Histórica, caja 54.

<sup>36</sup> J. Jurado Sánchez, *El gasto de la Casa Real...*, pp. 39 y 256 y ss., y M<sup>a</sup> V. López-Cordón, “Mujer, poder y apariencia...”, p. 58. Un testimonio de época interesante es el de J. Murret, *Lettres écrites de Madrid, en 1666 et 1667*, ed. de M.A. Morel-Fatio, París 1879, pp. 38-39.

<sup>37</sup> T. Egido, *Sátiras políticas en la España Moderna*, Madrid 1973: “El ‘Qué es de España’”, p. 203.



son excepcionales, al contrario que entre las camareras y dueñas, pero pocas son las que no lo adquieren por matrimonio. Como se ha señalado, ostentan un grado superior de nobleza al de las criadas de la cámara, que provienen de una nobleza reciente, aunque en muchos casos compartan apellido, por pertenecer a ramas menores de las grandes casas. A título de ejemplo, la relación de damas que entran a servir con Isabel de Borbón entre 1621 y 1636 resulta especialmente significativa: los nombres de familia de las cincuenta y ocho que entran a servir en palacio durante este período no son ninguna novedad: Pacheco, Guzmán, Manrique, Velasco, Mendoza, Pimentel, Luna, Ayala, Castro, Zúñiga, Bazán, Mendoza, Borja, Cueva, Benavides, Moncada... los mismos que encontramos en la Casa del rey y en las plantas de los consejos de la época<sup>38</sup>. La mayor parte de ellos se repiten varias veces: hay tres Velasco y otras tantas Manrique, cuatro Pimentel, y cinco Guzmán, entre ellas la propia hija de Olivares, por ejemplo. Es frecuente que una hermana suceda a otra, como las Moncada, pero también que coincidan en el servicio, como lo hicieron Isabel, Margarita y María Zúñiga<sup>39</sup>, o las Pimentel. Cuando, en algún caso, el progenitor o algún pariente directo ocupaban un puesto importante en la corte, esta circunstancia se refleja claramente en las relaciones en las que, al lado del nombre, suele constar su condición de hija o hermana del susodicho. Y lo mismo ocurre si es la madre o, incluso, la abuela quien lo desempeña. Y como los varones, el favor o la desgracia irrumpía en su vida, provocando salidas y retornos de la corte. Este fue el caso de Juana de Borja, nieta de la duquesa de Gandía, que fue camarera mayor, sin reina, a finales del reinado de Felipe II; cesada al llegar al trono su sucesor, y rehabilitada de nuevo al servicio de Isabel Borbón entre 1621 y 1627 en que murió<sup>40</sup>. Entre esta nómina reiterativa, también figuran algunas damas que no pertenecen a las grandes familias de estirpe, como Polisena Spínola, pero se trata de casos muy concretos, en los que el ascenso esta ya perfectamente admitido, porque constituían verdaderos referentes de la milicia o el gobierno de la Monarquía<sup>41</sup>.

<sup>38</sup> AGP, Felipe IV, leg. 8/1.

<sup>39</sup> La condesa de Olivares, doña Inés de Zúñiga, fue camarera mayor entre 1627 y 1643, y con anterioridad aya en 1623. Había sido dama de Margarita de Austria quien, al parecer, la distinguía.

<sup>40</sup> M<sup>a</sup> V. López-Cordón, "Entre damas anda el juego...", p. 146.

<sup>41</sup> Hija del entonces consejero de Estado Ambrosio Spinola y posterior gobernador de Milán. Pocos meses antes de la entrada de su hija en palacio, en diciembre de 1621, había obtenido el título de marqués de los Balbases.

Unos años mas tarde, en 1670, el origen de las damas sigue siendo sustancialmente el mismo y también resulta perceptible que quien ha servido a la reina, vuelve a palacio siempre que las circunstancias se lo permitan. Así, bajo la égida de la marquesa de Valdueza y de la marquesa de los Vélez, camarera y aya respectivamente, alguna de las damas ya mencionadas figuran en esta fecha como guardamayores o dueñas, compartiendo tocas y blasones con otras que se incorporaban por primera vez a ese puesto. Esos fueron los casos de doña Casilda Manrique, que se jubiló en el ejercicio del cargo, y de la condesa de Atares, de Leonor de Zúñiga, de Leonor Osorio, vizcondesa de Santa Marta, y Jerónima Lasso de la Vega, marquesa de Santo Floro, Por su parte las damas que servían a la regente no eran menos linajudas: Leonor de Velasco, Francisca Manrique, María de Cárdenas, M. Luisa Manrique, Antonia Henríquez, Teresa Manrique, Estefanía de Velasco, María Ronquillo, Francisca Chacón, Juana de Luján, Ana Carrillo de Guzmán, Francisca de Castro, Ana María de Luna, María Luisa de Toledo, hija del marqués de Manresa, Isabel de Mendoza, Lucrecia Ladrón y Silva, Isabel Ana de Mendoza y Ana Angel de Luna y Portocarrero <sup>42</sup>. Como en las relaciones anteriores, la repetición de algunos apellidos, como el de Manrique, es constante, así como los estrechos vínculos que les unen con otros miembros de la propia corte o de la alta administración. De la mayoría de estas mujeres sabemos poco: algunas llegaron a tener un perfil político muy activo, como doña Leonor de Velasco, no se si “dama de gran entendimiento”, como la calificaba Pötting <sup>43</sup> pero, desde luego, mujer de gran experiencia a estas alturas de su vida y buena conocedora de los intereses de los Austrias. Su trayectoria como dama es una verdadera carrera, ya que había acompañado a la infanta María, madre de doña Mariana, a la corte de Viena, y permanecido allí hasta su vuelta a España con la joven reina. Muy bien relacionada por su linaje, según Maura, su matrimonio fallido con un bastardo del marqués de Valdueza, el marido de la camarera, le llevó a oponerse a Nithard, favorecer a don Juan José de Austria, mostrando así poco apego a su señora. Bien es verdad que ni su edad, ni su activismo político, dos hechos que, sin duda guardan relación, distinguen claramente su perfil del de el resto. Opuesto, pero más significativo, es el caso de la discreta María Ronquillo, que es un claro exponente de un dilatado proceso

<sup>42</sup> AGP, Administrativa, leg. 928: “Relación de las criadas y criados...” (1670).

<sup>43</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)*, Madrid 1997, I, p. 287.

de ascenso social. Provenía de una familia hidalga que servía al rey desde época de Carlos V, en la que se combinaron los hábitos con los letrados. Su abuelo Antonio, oidor en Valladolid, fiscal y luego miembro del Consejo de Órdenes, comendador de la encomienda del Peso Real en Valencia, embajador y virrey de Sicilia se había casado con doña María Briceño, rica heredera y miembro de una rica familia de tradición también administrativa, que había sido dama de la reina. De los ocho hijos del matrimonio, dos llevaron el título de conde de Gramado, otro fue embajador y, el menor, su padre, llegó a gobernador del Consejo de Castilla. Doña María, por su parte, salió de la cámara de la reina para contraer matrimonio con el marqués de Villarreal<sup>44</sup>. Mujer muy hábil, de gran cultura y curtida como dama fue doña Juana de Armendáriz, II marquesa de Cadreita y de la Puebla, por su propio derecho, y duquesa viuda de Alburquerque, que vio transcurrir bajo sus ojos toda la turbulenta historia española del siglo XVII. Hija de Lope Díez de Aux de Armendáriz, primer marqués, virrey en Nueva España y consejero de Guerra, y de Antonia de Sandoval, condesa viuda de la Puebla del Maestre, inició su carrera en la corte sirviendo como dama menina a Isabel de Borbón en 1630. Después ascendió a dama y en esa dignidad se mantuvo hasta 1645 en que contrajo matrimonio, acompañando a su marido, D. Francisco Fernández de la Cueva, a Nueva España mientras fue de virrey, entre 1653 y 1660. Cuando este fue nombrado fue mayordomo mayor de la infanta Margarita y gentilhombre de cámara, volvió de nuevo a palacio y, una vez viuda, en 1776, fue nombrada camarera mayor de María Luisa de Orléans, al poco de la destemplada salida de la duquesa de Terranova, Juana de Aragón y Cortés. Pero al contrario que esta supo ganarse su confianza, se mostró tolerante con su inclinación por la servidumbre francesa y supo sortear, con habilidad, los conflictos constantes que esto provocaba. Después del fallecimiento de la primera mujer de Carlos II, procuró también amoldarse a la segunda, aunque con menos éxito, ya que el carácter de Mariana de Neoburgo, de la que también fue camarera, era difícil y la interferencia constante de la condesa de Berlepsch en los asuntos de la cámara, le provocó algunos conflictos con las damas. Murió en el ejercicio de su puesto en 1696<sup>45</sup>.

<sup>44</sup> J. Fayard, *Les membres du Conseil de Castille à l'époque moderne (161-1746)*, Ginebra-París 1979, pp. 274-277.

<sup>45</sup> AGP, Personal, Caja 1442, exp. 12; M<sup>a</sup> V. López-Cordón, "Entre damas anda el juego...", pp. 148-149; Duque de Maura, *Vida y Reinado de Carlos II...*, III, pp. 287 y 339.

Respecto a su origen geográfico, lo primero que hay que señalar es que, después de la muerte de Isabel de Valois, el reducir, lo más posible, la presencia de damas que no fueran españolas, fue uno de los objetivos que se propuso Felipe II cuando estableció las etiquetas para la Casa de su cuarta esposa, Ana de Austria. Pese a ello, sino con cargos en la cámara, las consortes reales sí siguieron disponiendo de criados y criadas de su país de origen, en puestos muy variados. También solían conservar el confesor, como hicieron Margarita y Mariana de Austria, y algún otro predicador o clérigo. Pero que hubiera más o menos tolerancia sobre ello dependía, más que de las normas, de los vaivenes de la política. Así por ejemplo, Isabel de Borbón, acabó perdiendo las damas y criados de origen francés que tuvo en un primer momento, como contrapartida a lo que sucedía en París con la servidumbre de Ana de Austria. Por distintas razones, sin embargo, las dos esposas de Carlos II, resistieron mucho mejor a esta imposición y, tanto María Luisa de Orléans, que conservó durante bastante tiempo criadas francesas, como la reina Neoburgo que convirtió, de hecho, a la condesa de Berlepsch en una “archicamarera” que la acompañaba a todas partes y nombró a su propio secretario, impusieron mejor su voluntad. Pese a esos casos y algunos conatos a favor de una mayor apertura en los nombramientos, la mayoría de las damas pertenecían a los reinos peninsulares, con un claro predominio de las castellanas, sobre todo porque la propia corte actuaba de semillero para el reclutamiento.

La salida natural de las damas era el matrimonio, que solía producirse entre tres y cinco años después de su entrada en palacio, aunque también hay casos de bodas muy rápidas. En las relaciones se suele consignar la fecha del enlace y el nombre del novio, lo que permite constatar que las damas, tanto por su linaje como por su experiencia cortesana, constituían un buen partido para los primogénitos de las grandes casas o de la nobleza ascendente. Entre los futuros maridos los títulos son mayoritarios y también hay un porcentaje significativo de viudos. Aquellas damas que no encontraban un matrimonio ventajoso, o que no querían correr riesgos, solicitaban entrar en los conventos de Real Patronato, la Encarnación o Santa Isabel o en algún otro de Madrid, como el llamado de las Baronesas. También algunos cenobios de ciudades cercanas a la corte, como Alcalá de Henares, Ávila o Segovia, solían acoger a damas de menor prosapia. A título de ejemplo puedo señalar que, de las cincuenta y siete damas que entran a servir a Isabel de Borbón entre 1621 y 1636, dos fallecieron, una entro en la Encarnación y veinte y ocho contrajeron matrimonio en el citado período.

Del resto, que permanecían solteras y en el ejercicio de su puesto, el mayor porcentaje corresponde, lógicamente, a las que empezaron a servir en los años treinta <sup>46</sup>.

De la misma manera que al contraer matrimonio recibían una dote, también lo hacían si entraban en un convento, y en ambos casos la Real Casa solía hacerse cargo, o al menos contribuir, al convite posterior a las respectivas ceremonias. Pero solo a las monjas se les solía conservar la pensión de que habían disfrutado durante su etapa de damas. Era, quizás, una forma de compensar las mercedes y plazas que llevaban las casadas como dote y, como esta, suponía un gasto suficientemente importante como para ser tenidas en cuenta a la hora de los proyectos de reforma de la Real Hacienda. Aunque lo que mereció críticas no fue tanto esta generosa práctica, como los cuantiosos gastos que las bodas, celebradas en palacio y financiadas por el rey, ocasionaban. Así, en 1629, el consejo de Estado, ante las demandas de dos damas que acompañaban a la infanta Margarita, a Viena para casarse con el archiduque Leopoldo, doña Margarita Zapata y doña Jerónima de la Cueva, representada por su madre doña Elvira de Mendoza, elevó una consulta señalando que los “servicios así heredados como propios” alegados y, las dotes solicitadas en función de ellos, eran excesivas, por más que las “calidades de sus personas” fueran también muy altas y que sería bueno moderar esta práctica. Se trataba, más que de solucionar un caso particular, de sentar una doctrina general, en beneficio de la hacienda real:

La materia de los casamientos, dice el texto, porque se han salido del estilo que antiguamente tuvieron que parece no puede hacer potencia para ajustarlos, por quanto aquello mismo que pocos años a era ley justa, oy la juzgan por agravio intolerable, i reconocemos que no les falta de todo la razón porque los gastos que se han introducido hazer las damas en Palacio son tantos y tales que si no es (por el incremento en las dotes de V.M.) no se dan por satisfechas. Y afirmamos que para reducir las a lo necesario, lo primero que se les modere mucho los gastos que en Palacio hacen, y que no se les permitan hacer, porque con eso no adquieran derecho a tan exorbitantes peticiones. Platica es muy sabida y muy corriente en la Corte que los casamientos de quatro damas le costaron a V.M. un millón de ducados y todo les parece poco, considerando lo mucho que gastan... <sup>47</sup>.

<sup>46</sup> AGP, Felipe IV, leg. 8/1.

<sup>47</sup> BNE, Ms. 8805, fols. 183v187.

No andaban descaminados los consejeros ya que las damas, al formar parte de la “familia” de la reina, se les hacían las amonestaciones en su capilla y se las agasajaba con una suntuosa fiesta nupcial en las estancias palatinas<sup>48</sup>. También se les permitía llevarse todo lo recibido durante el desempeño de su puesto, “así de alhajas como de vestidos”, los quinientos ducados del sueldo anual, expresados en carta de pago y recibo de dote, y las dádivas y regalos donados para la ocasión, todo lo cual revertiría a ellas de nuevo en caso de viudedad o de disolución del matrimonio<sup>49</sup>.

### 5. Crisis dinástica y factores de cambio

La llegada de los Borbones a España alteró, sin duda, la vida palatina más que por la vía de los reglamentos<sup>50</sup>, porque sus titulares se comportaron con pocos miramientos respecto a viejos usos muy arraigados. Tanto Felipe V como su primera esposa decidieron no prescindir de muchos de los servidores que les habían acompañado a su llegada y toleraron mal que, en nombre de la etiqueta, se les impusiera cambios en los servidores que ellos mismos habían elegido<sup>51</sup>.

<sup>48</sup> Así, por ejemplo, María Antonia Vera y Zúñiga, hija del conde de Roca y dama de la reina, que casó en 1654 con el marqués de Palacio, don Pedro de Alarcón, lo hizo en la capilla real y en presencia de la infanta doña Margarita, de la que era dama, mientras que su hermana, Catalina Antonia, también dama, contrajo matrimonio un año más tarde con don José de Branciforte, conde de Mazzarino, y tuvo como padrinos a Felipe IV y a doña Mariana: C. Fernández-Daza, *El primer conde de Roca*, Badajoz 1995, pp. 283-286.

<sup>49</sup> AGP, Carlos IV, Casa: “Razón de lo que se acostumbra...”.

<sup>50</sup> C. Gómez Centurión, “Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey”, en *Hispania* LVI/914 (Madrid 1996), pp. 965-1005.

<sup>51</sup> Así por ejemplo, los servidores franceses que acompañaron a Felipe fueron distribuidos en distintos departamentos de la Casa del rey y allí siguieron durante mucho tiempo: AGP, Administrativa, legs. 929 y 209. Esta fidelidad del rey se dio también respecto a la familia española, ya que sus cuatro primeros sumilleros de corps procedían del reducido núcleo de nobles que le habían sido asignados para su servicio al poco de aceptar la corona: C. Gómez-Centurión, “Al cuidado del cuerpo del Rey: Los sumilleros de corps en el siglo XVIII”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo II (Madrid 2003), p. 206.

Además, ante los sucesivos fracasos de los proyectos de reforma, optaron por imponer su voluntad en algunas cuestiones que se adaptaban mal a sus hábitos de vida. Efectivamente, con la llegada de la nueva dinastía, los intentos de reorganización de las Reales Casas, que tanto habían proliferado durante el reinado anterior, tomaron un nuevo impulso, pero ni el cardenal Portocarrero, que trazó el primer plan, en 1700, ni el poderoso Orry, que llegó a tenerlo como encargo principal, lograron llevarla a buen puerto <sup>52</sup>. El objetivo último era reorganizarla según el esquema de la *Maison du Roi* francesa <sup>53</sup>, pero lo único que se pudo abordar fue la reforma de las guardias reales, y su sustitución por la guardia de corps, que fue un empeño personal de Felipe V. La guerra, sin duda, frustró la oportunidad de llevar a cabo medidas drásticas, que hubieran apartado todavía más a la nobleza de la causa borbónica, pero si las dificultades administrativas y políticas jugaron a favor de mantener la situación heredada, las novedades que fueron introduciendo los reyes en su vida cotidiana erosionaron con bastante eficacia los viejos reglamentos. Una de las decisiones que más alteró el funcionamiento de las dos cámaras fue que los reyes decidieron compartir el mismo dormitorio, costumbre inaudita hasta ese momento, que mantuvo su sucesor, Carlos III hasta su viudez y Carlos IV de manera intermitente. Como consecuencia, la supremacía que, en la del monarca, gozaba el sumiller de corps, ayudado por los gentileshombres, y en la de su esposa, la camarera mayor y las damas, se vio afectada. Felipe V y María Luisa de Saboya, durante los primeros años del reinado, compartieron una camarera poco habitual, la princesa de los Ursinos, que lo fue de la reina entre 1702 y 1704 y 1706 y 1714, que controlaba las entradas al cuarto del rey y el ceremonial de alcoba, junto con el sumiller, conde de Benavente, hasta su muerte en 1709, y hasta la expulsión de la princesa, de manera casi única <sup>54</sup>. Además, ya casado con Isabel Farnesio, hasta el incendio del Alcázar, este monarca prefirió vivir en las habitaciones comunes y en las distintas piezas del cuarto de la reina, que en las propias, con lo que desapareció la antigua segregación espacial de la familia de mujeres. También introdujo la novedad de comer en privado con la reina, en sus dependencias

<sup>52</sup> Sobre estas primeras reformas borbónicas J. Jurado Sánchez, *El gasto de la Casa Real...*, pp. 41-45.

<sup>53</sup> I. Botineau, *El arte cortesano en la España de Felipe V, 1700-1746*, Madrid 1986, pp. 164-169.

<sup>54</sup> C. Gómez-Centurión, "Al cuidado del cuerpo del Rey...", p. 207.

y servido por sus damas, con lo cual se vino abajo un ceremonial reglado hasta los menores detalles.

No fue solo la presencia cotidiana del rey lo que trastornó los hábitos de la Casa de la reina, ya que desde la llegada de la joven María Luisa de Saboya se sucedieron otros no menos importantes. Ya en la primera planta de 1702, figura la princesa de los Ursinos con los honores de camarera mayor y un sueldo notoriamente más alto que el de sus predecesoras. Junto a ella, las dueñas de honor, entre las que estaban Beatriz de Córdoba, la marquesa de Lorenzana, Juana Ozores y Lemus, marquesa de Truxillo, marquesa de la Llaneza, María de Mendoza y marquesa de Castro, formaban cuerpo de autoridad sin demasiadas funciones. Las damas que eran veintiuna, pertenecían a las familias de siempre: Francisca Henríquez, Josefa de Figueroa, Catalina Pimentel, María de Mendoza, M. Rosa Castelbí; Manuela de la Cueva, María Teresa de los Ríos, Isabel de Pimentel, Catalina Pimentel, María Pimentel, Isabel Ana de Velasco, María Jacinta Arias y Ozores, Jerónima Álvarez de Bohórquez, Ana María Girón, Ana Carrillo, Isabel de Silva, Teresa de Ibáñez y Zúñiga, Manuela de Ibáñez y Zúñiga, Margarita de Silva. Entre las guarda menores, donde había algunas vacantes por fallecimiento <sup>55</sup>, figuraba en último lugar una significativa María Grimaldo, único signo de los nuevos tiempos. La relación señala expresamente que el empleo de azafata “esta vaco”, y siempre precedidas por el doña figuran trece dueñas de retrete y catorce de la cámara. Sacristana, enfermeras, lavanderas, barrenderas y labranderas completan una nomina bastante amplia <sup>56</sup>. No hay ninguna señora con nombre extranjero, ni tampoco aparecen supernumerarias, pero sí hay una familia de Francia, compuesta por quienes desempeñaban distintos oficios, donde además de panadero, oficiales de cocina y de cubiletes, figuran lavanderas y almidonadoras.

Tres años mas tarde, en 1705, y mientras la princesa de los Ursinos estaba en París, todo pareció mantenerse igual en la cámara de la joven reina. Bajo la atenta mirada de una ya anciana duquesa viuda de Béjar, camarera mayor apenas un año, porque falleció en 1706, las nobles viudas siguieron ocupando los puestos de dueñas de honor junto a la reina, con una sola excepción por

<sup>55</sup> La relación nominal era: Luisa de Aguirre, Catalina Galán, Clara Manríquez, Juliana de Elio, Elvira de Salcedo, fallecidas Bernarda de Quevedo, Gabriela Dávila, fallecida Mariana de Belbrí, María de Haro y María Grimaldo.

<sup>56</sup> AGP, Felipe V, leg. 275: *Relación...* 1702.



fallecimiento<sup>57</sup>. No hay tampoco cambios entre las damas<sup>58</sup>, ni tampoco entre las Guarda Menores, con la excepción de dos fallecimientos<sup>59</sup>. Se había nombrado ya una azafata, doña Simona de Azcona, y sigue habiendo once dueñas de retrete, pero solo nueve de la cámara, a una de las cuales se la autoriza a vivir fuera de palacio, además de sacristana, enfermeras, lavanderas, barrenderas, y una vacante porque la cocinera había fallecido<sup>60</sup>.

Los cambios, sin embargo, no tardarían en llegar y en lo mas alto de la escala. El nombramiento del conde de San Esteban como mayordomo mayor, supuso un intento claro de reorganización, motivado por el alto número de pensiones a viudas y huérfanos que debían pagarse. Pero más que esta siempre deseada economía, lo que animó a emprenderlos, fue la eminente firma de la paz que favorecía una mayor animación de la vida cortesana. Efectivamente, la reina, asegurada ya la sucesión, quería estar rodeada por un entorno mas brillante, “a la francesa”, donde las damas, más que niñas, fueran señoras que, verdaderamente, la acompañasen y entretuviesen, sin necesidad de ocuparse de su atención y servicio personal que prefería fuese desempeñado por personas de su confianza. En la corte gala las damas eran doce, recibían pensión y aposento, y eran elegidas en proporción equiparable entre las “titrés”, es decir, esposas de duques, mariscales o grandes, y las damas nobles, a veces de origen más antiguo, pero cuyos títulos de marquesas o condesas no les daba el derecho de sentarse en el taburete en presencia del rey. Salvo excepciones, todas eran casadas, lo cual les permitía alternar con mayor libertad que si fueran doncellas<sup>61</sup>. De menor categoría existían una serie de puestos no venales en la cámara de la

<sup>57</sup> AGP, Felipe V, leg. 275. La relación de 1705 cita a las siguientes: marquesa de Lorenzana, Juana Ozores y Lemus, marquesa de los Truxillos, marquesa de Llanera, María de Mendoza y marquesa de Castro.

<sup>58</sup> Son éstas: Josefa de Figueroa, Catalina Pimentel, María de Mendoza, M. Rosa Castalbí, Manuela de la Cueva, Isabel de Pimentel, Isabel Ana de Velasco, María Jacinta Arias y Ozores, Jerónima Álvarez de Bohórquez, Ana María Girón, Ana Carrillo, Isabel de Silva, Teresa de Ibáñez y Zúñiga, Manuela de Ibáñez y Zúñiga, Margarita de Silva. AGP, Felipe V, leg. 275.

<sup>59</sup> Los de Bernarda Quevedo y Mariana de Belbrí.

<sup>60</sup> AGP, Felipe V, leg. 275.

<sup>61</sup> W.R. Newton, *La petite cour. Service et serviteurs à la Cour de Versailles au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París 2006, pp. 256-266.

reina, que eran sirvientas personales y que se ocupaban de satisfacer sus necesidades materiales. Asistían al aseo y la comida de la real consorte, la servían y, en compensación, recibían privilegios y honores. También eran doce, pero podían ser solteras y estaban a las órdenes de la primera dama, que jugaba un papel decisivo a la hora de repartir los oficios venales que había en la Casa. Una y otras vestían y se comportaban como las damas, lo que provocaba cierta confusión sobre su estatus. Especial importancia tenía la *dame d'atour*, que era la encargada del guardarropa de la reina, y que tenía competencias tanto ceremoniales como administrativas <sup>62</sup>.

Sin duda que esta organización, que tan bien conocía la princesa de los Ursinos, influyó como modelo en lo que se quiso hacer en España, porque un Real Decreto de 5 de junio de 1712 estableció que, a partir de entonces:

se sirva la reina de damas casadas y que estas sean vasallas de primera calidad estimación y confianza para que se halle asistida con el decoro y decencia que es justo <sup>63</sup>.

La medida, que había venido precedida de algún nombramiento de damas francesas, como la princesa de Robecq <sup>64</sup>, fue seguida de otros que cambiaron radicalmente la composición de la cámara, en la que entraron la duquesa de Atri <sup>65</sup>, duquesa de Havre <sup>66</sup>, la marquesa de Crevecoeur <sup>67</sup>, y algo más tarde, a

<sup>62</sup> Ibídem, p. 273-277.

<sup>63</sup> AGP, Felipe V, leg. 213.

<sup>64</sup> Esta familia llegó a España con Felipe V. Carlos Montmorency, príncipe de Robecq, era teniente general en 1712 y obtuvo la grandeza de España al año siguiente. Murió en 1717 y le sucedió en el título su hermano, que llegaría a ser mayordomo mayor de Isabel Farnesio en 1733. La princesa murió en 1739 (Base de datos Fichoz).

<sup>65</sup> Esposa de uno de los nobles italianos que sirvieron a Felipe V con las armas: Marqués de San Felipe, *Comentarios a la guerra de España...*, Madrid 1957, pp. 296 y 297; participó en la toma de Sicilia, en 1718, donde fue herido.

<sup>66</sup> Nuera del duque de Havre, José Croy, que participó en la batalla de Almansa junto al duque de Berwick: Marqués de San Felipe, *Comentarios a la guerra de España...*, pp. 130 y 156, y murió en 1710 en la batalla de Zaragoza. Su marido, al heredar el título, era brigadier de infantería de la guardia valona y a los pocos meses de este nombramiento pidió licencia para pasar a la corte (Base de datos Fichoz).

<sup>67</sup> Casada con el marqués de Crevecoeur de Mazerano.

la princesa de Santo Buono<sup>68</sup>. Se trataba tanto de contrarrestar una cierta defeción de la nobleza tradicional, como de hacer más mundano el entorno de la Saboyana. Las nuevas damas gozaron del mismo sueldo que las anteriores, 500 reales de vellón, más casa de aposento, hasta 1727 en que se les duplicó<sup>69</sup>.

Desde el punto de vista de su significación cortesana la disposición es muy importante porque cambiaba el sentido de la familia de mujeres, cuya misión, además de servir, era adecuar a las reinas a los usos propios de la monarquía española y, también, de la nobleza que le servía. Hacer depender la cámara de la voluntad de la soberana, o de la conveniencia ministerial, rompía la convicción ficticia, pero importante, de un entorno real apoyado en los más altos linajes. Pero no era la única novedad, ya que la medida internamente tuvo un doble efecto: por un lado, modificó las funciones hasta entonces encomendadas al personal de la cámara, desde las de la camarera mayor que, en vez de dirigir a jóvenes inexpertas y controlar sus galanteos, tenía que habérselas con mujeres de alcurnia y edad parecida a la suya, a los de las guardas de honor que se quedaban sin sujetos sobre quien ejercer su severa autoridad; de otro, convirtió a las criadas de cámara en el destino de toda joven que aspirase a estar y formarse en la corte, lo cual favoreció su aumento numérico y no mucho más tarde, su encubierta venalidad. Es cierto, como nos dicen los especialistas, que la nueva dinastía no logró llevar a cabo modificaciones importantes en el gobierno de las Casa Reales durante sus primeros años de mandato, pero esto solo quiere decir que no logró aliviarlas de cargos sin contenido, ni imponer una planta más ágil, pero si hubo medidas, al menos sobre la Casa de la reina, aparentemente banales como el nombramiento de unas damas, que supusieron un punto de inflexión en el entorno de la soberana y que, de alguna medida, anticiparon las reformas de mayos calado que se llevarían a cabo en 1749 y 1761.

<sup>68</sup> Se trata de Constanza Rufo y Lanza, casada en 1693 con Carmen Nicolás Caracciolo, príncipe de Santo Buono, que desempeñó varias misiones diplomáticas durante los años de la Guerra de Sucesión. En 1712 acaba de llegar a España, donde se le había nombrado virrey del Perú, hacia donde solamente podría embarcar a finales del año 1715: D. Ozanam, *Les diplomates espagnols du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Madrid 1998, p. 211.

<sup>69</sup> *Ibidem*: R.O. 1 de enero, 1727.

## 6. La etapa de las reformas

Tal y como había ocurrido en todas las ocasiones en que había fallecido una reina consorte, al morir María Luisa de Saboya, su familia se mantuvo intacta y continuó asistiendo al príncipe de Asturias, hasta que se le puso Casa y, más tarde, a los otros infantes<sup>70</sup>. La llegada de Isabel Farnesio, más allá de la fulminante salida de la princesa de los Ursinos, no supuso ningún cambio significativo, hasta los intentos de Alberoni, en 1718, de unificar la administración de todas las Casas Reales y acabar con la variedad y yuxtaposición de empleos y sueldos<sup>71</sup>. Se trataba de “uniformar” las distintas dependencias que se habían duplicado, ya que en ese momento además las dos principales, del rey y la reina, existían las de la reina viuda y la del príncipe D. Luis, y prever el futuro, ya que la fecundidad de la nueva consorte regia auguraba la multiplicación de las de los infantes. Pero su proyecto, que debió de agradar a Felipe V, apenas pudo ensayarse, con lo cual la situación se mantuvo como estaba, con nombramientos añadidos para que administraran las asignaciones de los infantes Fernando, Carlos y Felipe<sup>72</sup>.

La reina por su parte, no tardo en hacer nuevos nombramientos, entre ellos el de camarera mayor que recayó en Da. Ángela Foch de Aragón y Benavides, condesa de Altamira, que desempeñó este puesto desde 1715 hasta su fallecimiento en 1737<sup>73</sup>. En 1720, bajo su dirección, componían la Real Casa cinco dueñas de honor, doña Ana Carrillo, duquesa de Montehermoso, que lo era del infante D. Carlos, doña Josefa Morales y Guerrero, marquesa del Surco, María de las Nieves, al servicio de la infanta doña Mariana Vitoria, M. Josefa Ulloa de

<sup>70</sup> AGP, Felipe V, leg. 291.

<sup>71</sup> AGP, Administrativa, leg. 340.

<sup>72</sup> J. Jurado Sánchez, *El gasto de la Casa Real...*, pp. 43-45.

<sup>73</sup> AGP, Personal, Caja 60, exp. 19. La condesa de Altamira, que había sido dama de la reina María Luisa de Orléans hasta su matrimonio en 1686, volvió a la corte en 1698, después de la muerte de su marido en Roma, donde era embajador. Mereció no sólo la confianza de Isabel Farnesio sino los elogios del duque de Saint-Simon: *Cuadro de la Corte de España en 1722*, Madrid 1933, pp. 248-253. En 1724, al abdicar Felipe V, pasó a servir en el mismo puesto a Luisa Isabel de Orléans, esposa de Luis I, durante su breve reinado, pero de nuevo en el trono, Isabel Farnesio la reclamó para ponerla otra vez al frente de su Casa.

la Cuadra y la marquesa de Albiville; siete damas, la marquesa de Crevecoeur, princesa de Robeqc, Francisca Javiera Gonzales de Córdoba, condesa de Taboada, princesa de Pectorano, Isabel Ana de Velasco, y Germana Torcuato de Bohórquez; tres guarda menores, Juliana de Elio, Elvira de Salcedo y María Grimaldo; una azafata, Laura Piscatori, por intervención directa de la reina y con sueldo notoriamente mayor que el que le correspondía; siete dueñas de retrete, Catalina del Río, Teresa Heres, Antonia Catalina de Thomar, Isabel Marín, Ana María Peralta, María Francisca de Iriarte y Juana Monllor y Núñez y otras siete criadas de la cámara, Agustina Orozco, Francisca Alemán María Oran de Brizuela, Ignacia Orozco, Manuela Alemán Francisca Orozco, e Isabel Marín Bullón. A ellas se añadían dos nuevos grupos: las que aquellas que tenían “goces de criadas de la Real Cámara por merced particular”, que eran Francisca de Ocampo, Josefa de la Guerra, María Sheran, Juana Ruiz de Herrera, Bernarda Blasco, que debía ser muy niña pues estaba todavía en el Real Colegio de Santa Isabel e Inés de Vargas, hija de doña Mariana de Belvís que había sido guardamenor de la reina; y aquellas cuyos otros “goces se hallan reducidos en mrvs y perciben por los caudales de la despensa”, que eran Catalina Onorron, María Onorron, Teresa Onorron, Ana Kilmaloc, Isabel, María Josefa y María Francisca Mortales, Catalina María Sarfielt, Teresa e Isabel Piscatori, María Pichilin, María Francisca Valois, Isabel Bazet, todas ellas con apellidos extranjeros: italianos, franceses e irlandeses, hijas de asentistas o de oficiales militares venidos a servir con Felipe V<sup>74</sup>. Resulta interesante comprobar que había entrado sabía nueva en la familia de mujeres y que no era solo el estado civil de las damas la única novedad. Sobre todo si tenemos en cuenta que, detrás de la relación de nombres citados, aparecen familias cuyos vínculos con la nueva dinastía son muy estrechos y de distinto carácter a los de los linajes que, desde antiguo, monopolizaban sus Casas. La presencia de nombres de origen no peninsular, y el considerable aumento del número de criadas de la cámara respecto al de las damas, constituyen, sin duda, una novedad, pero no la única, porque la presencia de una Grimaldo, hermana del secretario de estado y hombre de confianza de l rey José<sup>75</sup>, y de otra

<sup>74</sup> AGP, Felipe V, leg. 268. Son las únicas categorías con doña: no lo llevan las lavanderas y almidoneras, ni las que figuran como lavanderas españolas. Tampoco lo llevan las enfermeras, sacristanas y barrenderas.

<sup>75</sup> Base de Datos Fichoz. Sobre el papel de Grimaldo en ese momento, C. Castro, *A la sombra de Felipe V*, Madrid 2004, pp. 252-359.

Iriarte<sup>76</sup>, miembros de dos importantes familias de la administración de Felipe V, tampoco resulta casual. E igualmente resulta notable el importante la carrera cortesana de la marquesa de Albiville, María Warron, casada con Ignacio de White, marqués de ese título, que embajador de Inglaterra en la Haya y secretario para los asuntos de Irlanda. Ambos habían llegado a España en 1710, obteniendo doña María su primer puesto en la cámara de María Luisa de Saboya. Nada menos que cinco de sus hijas, Catalina, Teresa, María, Winfreda y Ana entraran con ella como camaristas de la Saboyana, todas las cuales contrajeron años más tarde matrimonios muy ventajosos<sup>77</sup>. De ellas, tres se promocionaron a damas con Isabel Farnesio y se casaron con militares irlandeses, Ana, María y Teresa, siendo el marido de esta última, Guillermo Lacy, el de carrera más brillante<sup>78</sup>. Las otras dos también hicieron enlaces con personas de promotor porvenir, ya fuera en el ejército o en la administración. Así, Winfreda, camarista hasta 1717, casó con un oficial de la guardia de corps, Antonio Álvarez Bohórquez, gobernador de Cádiz entre 1723 y 1736 en que fue ascendido a teniente general y, poco después, ennoblecido con el título de marqués de Ruchena<sup>79</sup>. Catalina, por su parte, casó con un francés, Antonio Sartine, naturalizado en 1718, asentista de Felipe V e intendente de Cataluña de 1726 a 1744<sup>80</sup>. No serán las únicas irlandesas de la Casa de la reina, ya que la presencia de las tres O'Connor, sobrinas de la marquesa de Justiniano, Aleja O'Connor Play, dueña de honor y madre de otras camaristas, las O'Brien, que entraron en palacio en los años treinta y casaron también provechosamente, esta vez con españoles, y

<sup>76</sup> Todavía no se había instalado en Madrid el gran impulsor de la rama canaria de este clan, D. Juan de Iriarte, pero la conexión navarra, a través de los Goyeneche, funcionaba ya hacía tiempo. Es interesante constatar que fue otra camarista de la reina, doña Josefa Manrique, esposa de D. Agustín Montiano, quien facilitó la entrada en su tertulia tanto a D. Juan, como a sus sobrinos, Bernardo y Domingo: E. Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época*, Madrid 2006 (reimp.), p. 4.

<sup>77</sup> Debo estos datos al trabajo de F. Andújar, "Familias irlandesas en el ejército y en la Corte borbónica", en *Extranjeros en el ejército: Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*, Madrid 2007, pp. 285-291 especialmente.

<sup>78</sup> Llegó a teniente general y consejero de guerra: F. Andújar, "Familias irlandesas en el ejército...", pp. 286-287.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 287.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 288.

la carrera de su tordo O'Connor Play, futuro conde de Ofelia, prueba que las estrategias de estas familias a la hora de consolidar su posición en la corte española, no descuidaban el papel que sus mujeres pudieran hacer, abriendo brecha en el servicio regio.

El caso de las italianas es muy distinto y queda bien representado en el ejemplo de las Piscatori, dos de las cuales vemos figurar en un puesto especial en la relación de 1720. Laura, la azafata, Mantegaci por su propio nombre, nacido en Parma en 1667, había sido nodriza de Isabel. Su matrimonio en 1685 con Fulvio Piscatori Paserini, marqués de San Andrés, consejero de Hacienda, facilitó su inserción en la corte pero fue, sobre todo, la confianza que merecía a la reina lo que la convirtió en la persona clave de su entorno. Parece que controlaba el acceso a la soberana y que esta, por su parte, se informaba a través suyo de las noticias y rumores de la corte. No es tan fácil saber si su intervención resultó decisiva en la caída de su paisano Alberoni y en otros asuntos políticos<sup>81</sup>, pero en cualquier caso fue una compañía constante hasta su muerte ocurrida en 1748<sup>82</sup>. Sus hijas también sirvieron en palacio e hicieron buenos matrimonios<sup>83</sup>, manteniendo, al menos una de ellas, Teresa, las relaciones con Parma, ya que caso en 1721, sin cumplir los quince años, con el conde de Cogarani, del que enviudó en 1742<sup>84</sup>. Isabel, por su parte, que recibió como merced dotal una plaza en el consejo de Indias, caso sucesivamente con dos hermanos Luis y Diego Yopulo Espadopara, duque y marqués de San Blas respectivamente. Por otra parte, su hijo Lucio realizó una carrera parecida al lado del infante D. Felipe de quien era ayuda de cámara. Hija suya y nieta de doña Laura fue Ana María terminó sus días como camarista en 1800<sup>85</sup>.

Diez años más tarde, en 1730, con Patiño en la secretaría de despacho universal, Pizarro de Aragón como mayordomo gobernador de la Casa de la reina y la condesa de Altamira como camarera mayor, algunos ascensos confirman

<sup>81</sup> L. Taxonera, *Isabel de Farnesio*, Barcelona 1933, pp. 103-104.

<sup>82</sup> Ver la magnífica biografía de M.A. Pérez Samper, *Isabel de Farnesio*, Madrid 2003.

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 121, y D. Ozanam, *Les diplomates espagnols...*, pp. 217-219. Taxonera señala (*Isabel de Farnesio*, p. 121), que una de sus hijas casó con un hijo del marqués de Monteleón, poco antes de su nombramiento como plenipotenciario ante los príncipes italianos, pero no he encontrado datos que lo avalen.

<sup>84</sup> D. Ozanam, *Les diplomates espagnols...*, pp. 232-233.

<sup>85</sup> Base de Datos Fichoz y Burxkholder, p. 141.

que la estabilidad reinaba en los puestos superiores, pero que el crecimiento del número de las camaristas era imparable: había entonces once dueñas que eran la marquesa de Montehermoso, Josefa Rodríguez de Morales, marquesa de Albiville, marquesa del Surco, Ana de Albiville, Isabel Piscatori, Catalina de Albiville, condesa de Cogarani, marquesa de Riscal de Alegre, Teresa de Aranda y María de Albiville; diez damas entre las que predominaban los títulos, la condesa de Taboada, duquesa de San Pedro, princesa de Pectorano, duquesa de Liria, marquesa de la Torre, marquesa de Asentar, marquesa de Ledesma, duquesa de Atri, e Isabel Ana de Velasco, Manuela de la Cueva, que era la más veterana ya que lo había sido de Mariana de Neoburgo y de María Luisa Gabriela; además había tres guardamenores, ocho dueñas de retrete y nada menos que cuarenta criadas de la cámara, de las cuales solo diecisiete cobraban sueldo <sup>86</sup>.

Hasta el final del reinado de Felipe V, la Casa de Isabel Farnesio mantuvo esta tendencia, con las bajas y renovaciones propias del paso del tiempo, y el aumento del número de camaristas. Siguió habiendo camarera mayor, damas, guardas mayores y dueñas de honor, azafatas, dueñas de retrete, criadas de la Real Cámara, lavanderas y almidoneras, costureras, enfermeras, acunadora, rectora y asistente de amas, barrenderas, y otras varias personas que gozaban sueldo <sup>87</sup>. Pero no solo estaban ellas porque había otras familias de mujeres que servían en la Casa de la princesa doña Bárbara y en la de la infanta Luisa Isabel, menos numerosas pero con parecida estructura y gastos y también se mantuvo hasta 1740, en que murió, la Casa de la reina viuda doña Mariana de Neoburgo <sup>88</sup>. A partir de esa fecha y hasta 1746 hubo, por tanto, tres camareras mayores: la de la reina, la que gozaba fuera de palacio la marquesa de Torrescuso, la marquesa de Aytona en la de doña Bárbara, y la de la marquesa de Ledesma en la de la infanta; diez dueñas de honor, la condesa de la Rosa, la marquesa de Albiville, marquesa del Surco, marquesa de las Nieves, doña M. Josefa Ulloa de la Cuadra, condesa de Cozarani, marquesa de Viscaldalegre, Isabel Piscatori

<sup>86</sup> AGP, Felipe V, leg. 263: “Relación que se forma para los oficios de y greffier de la Casa de la reina...” (1730).

<sup>87</sup> AGP, Felipe V, leg. 19 (1733/46).

<sup>88</sup> Después de su larga estancia en Bayona, entre 1706 y 1738, en mayo de ese año se había instalado en Guadalajara, en el palacio del Infantado, siendo su mayordomo mayor el marqués de Santa Cruz: Príncipe Alberto de Baviera, *Mariana de Neoburgo, reina de España*, Madrid 1938, pp. 326-339.



ya duquesa se San Blas, María Albiville, Theresa Albiville, Catalina Griñi e Ignacia de la Peña. Pero a ellas había que sumar dos mas, la dueña de honor de la princesa, doña Rosa Porcel, y la de la infanta, doña Bárbara Clavek. Pero mientras en este grupo predominaban las familias nuevas, en el de las damas, la vieja aristocracia había recuperado parte del terreno perdido y ya no se mostraba tan reticente a la hora de compartir funciones con otras señoras de menor linaje. Había quince en total: la duquesa de San Pol; la princesa Robecq; la marquesa de Bedmar, la duquesa de Atri, la condesa de Belalcázar, la marquesa de Torrescuso, la duquesa de Veragua, la marquesa de Solera, la duquesa de Atrisco como dama de la princesa, la marquesa de Crevecoeur, Manuela de la Cueva, la condesa de Montijo, la duquesa de Solferino, la condesa de Fuenclara que lo era de la infanta y la condesa de Peralada. No todas cobraban lo mismo, ya que se tenían en cuenta los años de servicio, oscilando los salarios entre los 50.000 reales, que recibían las más antiguas, a los treinta y siete mil quinientos que correspondían a las más jóvenes. A esta relación hay que sumar tres azafatas, una por cada miembro de la real familia, siete dueñas de retrete y diez y nueve camaristas, entre ellas las ya citadas hermanas Teresa, Isabel, y Alfonsa O'Brien que habían entrado en 1737, 1739 y 1732 respectivamente, que casarían unos años más tarde con consejeros de hacienda. La hermana mayor, Juana, que fue dama, lo hizo con Montealegre, marqués de Salas y Consejero de Estado, título que esta siempre presenta en las plantas del siglo XVIII, tanto en la Casa del rey como en la de su consorte <sup>89</sup>, A esta relación había que añadir las criadas que habían servido en la corte de la reina Mariana de Neoburgo, que eran diez, las de la reina "de fuera de Palacio" que eran sesenta y una, que cobraban entre 5.500 y 2.990 reales, así como otras ya retiradas o que vivían en los sitios reales. Acunadoras, enfermeras y otros empleos, por un total de treinta y nueve personas, completaban la nómina que suma un total de 269 personas del sexo femenino <sup>90</sup>.

Sobre estas bases no es extraño que el marqués de la Ensenada se empeñase en 1748 en reformar las Casas Reales, no solo para simplificar la gestión, sino también para mermar la capacidad de maniobra que sobre la administración de los gastos tenían los jefes de los distintos departamentos, y para reducir el

<sup>89</sup> Sobre la continuidad de esta familia en los cargos de sumiller o mayordomo mayor de la reina, ver C. Gómez-Centurión, "Al cuidado del cuerpo del Rey...", pp. 232-234.

<sup>90</sup> AGP, Felipe V, legs. 19 y 214.

personal, especialmente el supernumerario. En 1748 desaparecieron los tesoreros de la Casa de la reina, y con ellos los contralores, grefieres, veedores y contadores, pasando a depender de las distintas tesorerías de la tesorería general de la hacienda, dejando al secretario de ese ramo la autorización y control de los gastos extraordinarios <sup>91</sup>. Solo la Casa de la reina madre se salvo de esta reforma, probablemente por darse por descontado que desaparecería a la muerte de Isabel Farnesio. Pero no pasó mucho tiempo hasta que se decidió ajustarla también a la nueva planta establecida por el ministro en 1749. Esta quedó constituida por la camarera mayor, la condesa de Lemos, ocho damas, duquesas de Atrisco, Solferino, Béjar, princesa de Masserano, duquesa de Veragua, Sexto, Mirándola y Medinasidonia, una guardamayor, la marquesa de Surco, cuatro dueñas de honor, una azafata, cinco dueñas de retrete, seis lavanderas y almidonadoras, una sacristana, diez barrenderas y dos enfermeras, en lo que se refiere a la familia de mujeres <sup>92</sup>. También se hizo un reglamento fijando los sueldos de todo el personal que establecía 55.000 reales para la camarera, 48.000 para las dueñas, 40.000 para las damas y 6.000 para las criadas de cámara. Se reducía también drásticamente el número de las que podían servir sin sueldo, solo en la categoría de dueñas y damas, a dos y cuatro respectivamente.

También se prohibió expresamente,

cualquier genero de obtenciones y emolumentos que con título de gajes, ayudas de costa, raciones ordinarias y extraordinarias, vestuario, casa de aposento, días de alumbramiento de corte y jornadas, colaciones de navidad, almuerzos y enfermerías hayan gozado hasta ahora, reservándoles únicamente de los provechos que resulten de los sobrantes o remanentes de la misma servidumbre, una bula en cada año y la regalía de médico, cirujano y botica <sup>93</sup>.

No debió de gustar a Bárbara de Braganza las recomendaciones de su ministro porque, a su muerte, servían en su cámara, a las órdenes de la condesa de Lemos, tres damas más de las ocho previstas en la planta, la duquesa viuda

<sup>91</sup> C. Gómez-Centurión, “La reforma de las Casas Reales del marqués de la Ensenada”, *Cuadernos de Historia Moderna* 20 (Madrid 1998), p. 219, y J. Jurado Sánchez, *El gasto de la Casa Real...*, p. 46.

<sup>92</sup> AGP, Administrativa, leg. 924: “Familia de que dice componerse la Casa de la Reina” (1749).

<sup>93</sup> *Ibidem*: “Reglamento para la familia de la Casa de la Reina. Año de 1749”.

de Castropiñano, la princesa de Yachi, la duquesa de Castripiñano de Gazoano, la princesa de Mazerano, la duquesa de Veragua, marquesa de los Balbases, duquesa de Medinasidonia, condesa de Bourmonville, marquesa de Ariza, marquesa viuda de Valderrábano y condesa de Ablitas, todas las cuales cobraban los 55.000 reales establecidos. La marquesa de Surco seguía de guardamayor, y había, también, tres dueñas de honor, tres de retrete, siete camaristas y un abundante personal de servicio <sup>94</sup>. También estaba incluido en la misma relación, el personal procedente de las Casas de los infantes e infantas, que eran diez y siete empleados en total.

Esta fue la planta que encontró su sucesora, la reina María Amalia de Sajonia, al llegar a España, sin que su temprana muerte le permitiera hacer apenas innovaciones. A su muerte se mantuvo no solo su Casa, sino el reglamento de 1749 que la organizaba, del que, sin embargo, desaparecieron las restricciones a la hora de nombrar supernumerarias sin sueldo que, en cualquier caso, seguían un escalafón por antigüedad, para ascender, en su día, a las plazas dotadas. Parece que la reforma de las Casas Reales fue uno de los objetivos de Esquilache al poco de ocupar la secretaría, y que, ya a principios de 1760, pidió información a los responsables sobre el número de empleados existentes, incluidos los de la reina madre <sup>95</sup>. Por eso al morir la reina en 1761 no dudó en suprimir su Casa, incorporando su familia a la del rey <sup>96</sup>. Tuvo que mantener, sin embargo, la de la reina madre con algunas modificaciones hasta su fallecimiento en 1766. Ese fue el momento, por tanto, en que la unificación buscada por los reformistas empezó a tener efecto. Sin embargo no se suprimió el personal femenino ni las competencias que tenían atribuidas, ya que siguieron prestando servicio tanto a la princesa de Asturias como a las infantas, todas las cuales tenían sus propios cuartos. También se les siguió recordando la obligación de pagar la media annata, como era preceptivo, que seguía siendo una fuente constante de exenciones y conflictos <sup>97</sup>.

<sup>94</sup> AGP, Administrativa, leg. 924: “Familia de la Casa de la Señora Reyna Doña Bárbara de Braganza”, y AGS, Dirección General del Tesoro, Inventario 25, leg. 5.

<sup>95</sup> AGP, Administrativa, leg. 915: “Reglamento de la Casa de la Reina, anterior a la Planta de las Casas de las Reinas Viudas del año 1761”.

<sup>96</sup> AGP, Administrativa, leg. 924: “Reglamento de la Casa Real”.

<sup>97</sup> AGP, Carlos IV, leg 5 (1).

Durante su larga etapa como princesa de Asturias, María Luisa de Parma, adoptó el modelo de familia de mujeres establecido por su suegra, manteniendo el mismo número de servidoras y con similares sueldos <sup>98</sup>. Pero ya en los años setenta se llevaron a cabo muchos nombramientos de camaristas, una mayoría de los cuales recayeron en jóvenes con apellido extranjero, con un perfil que recuerda bastante a las que entraron en los primeros años de Isabel Farnesio <sup>99</sup>. Aparentemente la supresión de la Casa no afectó demasiado a las costumbres palatinas y esta situación tampoco cambió con la proclamación de Carlos IV, ya que una Real Orden confirmó como camarera mayor de la reina a la que lo había tenido hasta entonces y mantuvo también al resto del personal: damas, dueñas de honor y de retrete, camaristas, azafatas y moza de retrete en el puesto que hasta entonces desempeñaban. En 1796 la planta había cambiado por razones demográficas y, también, el proceso de integración entre el personal de origen extranjero y la nobleza española iba borrando las huellas de su distinto origen. También hubo una modificación semántica ya que, aunque se mantienen las dueñas de honor, aparecen señoras de honor, inmediatamente después de las damas. Figuraban en ella la condesa de Paredes, viuda del conde de Montealegre, como camarera mayor y sucesora de la marquesa de San Juan y ocho damas efectivas con sueldo de 55.000 reales que eran la condesa viuda de Benavente, la duquesa viuda de Santiesteban, la condesa de Cerbellón, marquesa de Ariza, marquesa de Bélgica, marquesa de Branchiforte, condesa de la Puebla del Maestre y condesa viuda de Villamanuel. A la muerte de la de Branchiforte se nombró para sucederla a la duquesa de Baños, pero la vacante de la princesa de Pío, que se había producido en 1793, no se había cubierto por estar las ocho plazas ya ocupadas. Como supernumerarias estaban la marquesa de Guadalhorce, duquesa de Arión, condesa de Bornos, condesa de Fuendaña, duquesa de Frías, marquesa de Quintana, y condesa de Torrejón <sup>100</sup>. Las hijas y esposas de la alta nobleza parecían haber recuperado su lugar natural y este reconocimiento se veía apoyado en el hecho de que a las camareras y damas se les había impuesto la banda blanca y morada de la Orden de

<sup>98</sup> BNE, Ms. 11263/46: “Estado de la servidumbre de Palacio con los sueldos anuales. 1767 y 1776”.

<sup>99</sup> AGP, Carlos IV, leg. 5 (2).

<sup>100</sup> AGP, Carlos IV, Casa, leg. 5 (2).

Damas Nobles de la reina María Luisa, creada en 1792 <sup>101</sup>. Demasiada normalidad si no fuera por la presencia entre ellas de varios miembros femeninos de la familia Álvarez Godoy y la constatación documental de muchas supernumerarias y de atrasos en los pagos <sup>102</sup>. Es decir, la familia de la real consorte padecía males muy parecidos a los del conjunto de la administración de Carlos IV.

En noviembre de 1808, con objeto de reorganizar la vida en palacio, se llevó a cabo un último recuento de los criados y criadas que todavía servían a la reina ausente y gozaban de sueldo, expresando en la misma si permanecían en Madrid o se habían marchado de la corte, dadas las difíciles circunstancias por las que Madrid atravesaba. Allí estaba la condesa de Paredes y la de Villamanuel, camarera que había sido de la princesa de Asturias. De las damas, la marquesa de Mondéjar, la condesa de la Puebla del Maestre, la duquesa de Frías, la marquesa hija de Montealegre, la marquesa de Buscayolo y la condesa de Trastámara también permanecían en la capital; pero la marquesa de Branchiforte, la duquesa de Arión y Malpica, la condesa de Bornos y la marquesa viuda de Cerralvo, se habían marchado. De las doce señoras de honor, solo cinco permanecían en sus domicilios madrileños, así como también las cuatro azafatas y las cinco dueñas que existían. Respecto a las veintiuna camaristas, entre ellas dos ya jubiladas que recoge la relación, dos están ausentes de Madrid y cuatro figuran como que han acompañado a la reina María Luisa <sup>103</sup>.

## *7. Las servidoras de la reina, del oficio a la influencia*

La profusión y el carácter discontinuo de los datos y la necesidad de abordar una panorámica tan amplia sin la base de estudios más pormenorizados, que solo existen para algunos casos concretos, hace que algunos aspectos que se tratan

<sup>101</sup> P. León Tello, *Damas nobles de la reina María Luisa*, Madrid 1965. La reina nombró el mismo día de su creación, junto a las infantas y las princesas de Parma, a toda la plana mayor de su cámara.

<sup>102</sup> AGP, Carlos IV: “Criadas de la Reina María Luisa” y “Nota de las gratificaciones que se abonaban mensualmente...”.

<sup>103</sup> AGP, Carlos IV, leg. 5: “Lista de los criados y criadas de S.M. por el lado de la camarería mayor...”.

en este trabajo queden incompletos, o que cuestiones de tanto interés como son las redes familiares o los mecanismos de actuación, hayan tenido que ser dejadas, intencionadamente, de lado. Pero, en cualquier caso, lo que sí me parece que puede afirmarse es que la Casa de la reina, tanto en época de los Austrias como de los Borbones, no es un organismo pasivo que gira en torno a las etiquetas que lo rigen, sino activo y cambiante, a pesar de ellas. Igualmente, el que su cámara este constituida fundamentalmente por mujeres, no impide que se organicen y actúen de manera muy similar a la de cualquier otro grupo institucional de la corte o la administración española de ese período: quieren salarios y prebendas, se organizan por antigüedad, intrigan y protestan. Porque tanto la soberana, como su entorno inmediato, no son solo piezas clave desde el punto de vista de la representación simbólica y ceremonial, o la expresión de un sistema clientelar que se extiende por toda la sociedad, sino unos sujetos activos que jugaron un papel político creciente, informal, si se quiere, pero real, en el seno de la corte. Y cuyos modos de actuación resultaron muchas veces distorsionados al contemplarse desde los parámetros de un mundo regido por categorías exclusivamente masculinas. Así, por ejemplo, no es fácil de explicar porqué su creciente peso en el conjunto de las instituciones cortesanas llegó a despertar cierta hostilidad, o porque se criticaba la cada vez mayor implicación de la cámara de la reina en los asuntos de la Monarquía, al mismo tiempo que se la solicitaba para ello. También los conflictos que se produjeron en su seno resultan inexplicables sin entender la debilidad institucional de la figura de la consorte regia, especialmente en los casos de viudedad y/o falta de heredero, y los cambios en la política matrimonial de los monarcas españoles.

Desde comienzos del siglo XVII, la planta de de la Casa de la reina sufrió distintos ajustes, aumentó sus gastos y el número de empleados de algunas de sus dependencias, como la caballería, lo que favoreció el incremento de los varones que servían en ella. También creció la cámara, en la que las mujeres eran mayoría, pero a un ritmo menor hasta la duplicidad establecida por la creación de la Casa de la reina viuda, doña Mariana de Austria. Pero no fue entonces, sino durante su regencia, cuando los testimonios contemporáneos denuncian, de forma despectiva, el abundante número de damas de todo tipo que rodean a la soberana <sup>104</sup>. No es algo que confirme las fuentes, con independencia de la mayor o

<sup>104</sup> J. Jurado Sánchez, *El gasto de la Casa Real...*, pp. 39 y 256 y ss., y M<sup>a</sup> V. López-Cordón, "Mujer, poder y apariencia...", p. 58, y también J. Muret, *Lettres écrites de Madrid...*, pp. 38-39

menor exactitud de las cifras, sino lo contrario, ya que la soberana masculinizó su entorno no solo para poder gobernar, sino para dar satisfacción a todos los que querían acercarse a quien era entonces la única fuente efectiva de poder. ¿Por qué entonces tantas críticas contra “la familia de mujeres”? Era, la expresión del malestar producido entre los cortesanos por los roces inevitables que protagonizaron las dos servidumbres, y el difícil acoplamiento de los órganos de gobierno, y a la estructura, marcadamente doméstica de su Casa. Había, desde luego, susceptibilidades heridas y rencillas de poder que se amparaban detrás de la insistente denuncia de un gobierno “mujeril”, pero también un fuerte malestar porque algunas actividades relacionadas con el ejercicio del poder se habían trasladado a las estancias de su cámara <sup>105</sup>.

Una asociación todavía más simple se produjo entre la extinción de una dinastía biológicamente agotada y los enredos que se gestaban en los cuartos de unas consortes reales empeñadas en inclinar la voluntad sucesoria del rey hacia sus intereses. No era ninguna novedad, ya que los entornos de Margarita de Austria y de Isabel de Borbón, no habían sido menos activos en lo que a secretos e intrigas se refiere, siendo como fueron centros de oposición a Lerma y Olivares. Pero, de una parte, estos supieron muy bien controlarlos desde dentro, a través de la presencia de mujeres de su propia familia y, de otra, la desgracia de los validos, dignificó a posteriori la actuación de sus contrarios. Pero en el reinado de Carlos II, ya no era solo que las damas tomaran partido, sino que las circunstancias, con un rey niño y, después, enfermo, las colocaban en el centro mismo del problema, lo cual hacía inevitable que tomaran partido. Una nobleza dividida y unas dinastías extranjeras expectantes, eran circunstancias propicias para que bajo la cobertura del aparato institucional, las favores y las dádivas intentaran conseguir lo que resultaba difícil por otros medios. Y si nada era tan eficaz como llegar al rey a través de la madre o la esposa, para ganar a estas se necesitaba acudir a las personas de su entorno que tuvieran su confianza. De ahí los intentos por introducir damas en la Casa de la reina, o el hacer que las embajadoras consortes, o sus hijas, tuvieran acceso a la misma, ya que parecían no dudar que a las mujeres era mejor llegar a través de personas de su propio sexo. Pero, este protagonismo, calificado como “desorden”, no era ni mayor ni distinto del que existía en otros ámbitos cortesanos está claro y, sobre todo, no era la causa, sino el efecto de la confusión que reinaba en la cúspide.

<sup>105</sup> Esta opinión fue expresada ya por el duque de Maura, *Vida y Reinado de Carlos II...*, I, p. 101.

Si hay una constante en la vida de las damas y de las mismas soberanas, es el deseo de aliviar el protocolo, al cual, incluso, sucumbieron algunas camareras mayores, que eran las guardianas de su integridad. Con las etiquetas en la mano, no era muy distinto lo que ocurría en la Casa del rey, pero las vías de escape para el monarca y sus servidores era muy amplias, mientras que el encerramiento y las prescripciones, afortunadamente, no siempre cumplidas, que rodeaban a las mujeres de la corte, era una clara expresión de la ideología dominante. Una de ellas tenía especial significación, porque solía constituir una fuente de conflictos: la conformación de la Casa de la reina al margen de la voluntad de su titular. El acople y las tensiones entre la servidumbre de origen y la del Alcázar, el mal entendimiento entre la consorte recién llegada reina y la camarera, la lucha por el predominio familiar en determinados puestos, eran problemas cuya raíz no está dentro, sino fuera de la cámara. La personalidad de las reinas tuvo mucho que ver en cómo se solucionaron: hubo algunas que revolucionaron los usos cortesanos como Mariana de Neoburgo, que al imponer una “privanza femenina” en la persona de María Josefa Gertrudis Bolh von Gutenberg, condesa viuda de Berlepsch, se enajenó la simpatía de su entorno. Y como cualquier nombramiento se interpretaban en función del intrincado juego de influencias que dominaba la corte española, el que una sobrina suya, hubiera conseguido el de dama fue motivo no solo de críticas, sino de un verdadero plante ya que las damas se negaron a acompañar a la reina en su paseo <sup>106</sup>. No será el único, ya que un siglo más tarde, también María Luisa de Parma tuvo que afrontar una contestación parecida, al prescindir, en la práctica y a pesar de contar con una planta repletas de grandes títulos, de los servicios de sus damas, a las que consideraba aburridas, cuando no hostiles, y elegir sus mujeres de confianza entre las camaristas o fuera de se Casa. Aunque en este caso, la desafección más que ruido, tuvo efectos políticos <sup>107</sup>.

El reinado de Felipe V supuso un cambio sustancial, no solo desde el punto de vista formal, al cambiarse los requisitos exigidos para ser dama, sino por que estas pierden de algún modo sus funciones reales al dejar ya de habitar en

<sup>106</sup> A. de Baviera y G. Maura Gamazo, en *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria*, Madrid 2004, II: Cartas del 14 de septiembre de 1693 y del 28 de abril de 1698, pp. 397 y 739.

<sup>107</sup> Algo de esto puede percibirse en las *Memorias* del príncipe de la Paz (Madrid 1965) y en la implicación de algunas aristócratas en los sucesos de El Escorial y Aranjuez.



palacio. A esto se añade la práctica de unos nombramientos mucho menos exigentes, especialmente de camaristas, por caminos en muchos casos muy cercanos a la venalidad. Esto, unido al hecho de que tanto María Luisa de Orléans como Isabel Farnesio eligieran a sus camareras y a quienes más directamente debían servirle entre personas pertenecientes a sus países de origen, supuso una quiebra mayor de las viejas etiquetas que los proyectos reformistas. Quizás, por ello, nadie lamentó que la Casa de la reina quedara absorbida por la del rey en 1761. Los sujetos que la servían seguían conservando lo más importante: el acceso a una persona real, privilegio que ahora se ensanchaba por las mayores posibilidades de entrada que suponían los nombramientos honorarios. La cámara como la sociedad se había abierto: los linajes antiguos fueron dejando paso a los más recientes y continuó incrementándose la presencia de las hijas de los servidores de la administración real. Pero frente a lo que había ocurrido en los primeros años de funcionamiento del reglamento filipino, ser dama entonces era más un título que una obligación de servicio <sup>108</sup>.

<sup>108</sup> Cartas de noviembre de 1698 y 2 de enero de 1699, en A. de Baviera y G. Maura Gama, *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria...*, II, pp. 880 y 886.